

P. JUAN GONZALEZ-ARINTERO, O.P.

EJERCICIOS ESPIRITUALES

y

Plática de Toma de Hábito

Edición preparada por el
P. ARTURO ALONSO LOBO, O.P.

Retiro predicado a las monjas
del monasterio
de la Orden de Predicadores
conocido como
"Las Dueñas de Salamanca"
en 1883,
cuando tenía 23 años de edad
fray Juan Tomás Gonzalez Arintero O.P.
La Plática de Toma de Hábito
fue predicada el 15 de Octubre de 1883
en la Ceremonia de Vestición de
Sor María del Pilar Vega OP
del mismo monasterio.



www.traditio-op.org

SALAMANCA
1983

1.^a PLATICA

Importancia de los Ejercicios

"Ecce elongavi fugiens et mansi in solitudine. Expectabam eum qui salvum fecit a pusillanimitate spiritus et tempestate" (Salm. 54, 8-9).

He aquí que me alejé huyendo y permanecí en la soledad. Esperaba a aquel que de la pusilanimitad y de la tempestad me tiene hecho salvo.

A(mada)s h(ermana)s: Al comenzar a daros estos *Ejercicios*, veo luchar en mi corazón afectos muy contrarios. Paréceme cosa digna hablar a las siervas de Dios palabras de paz y de consuelo y contribuir con mis exhortaciones a hacer llanos y deliciosos los caminos de la virtud. ¿Pero cómo podré yo enseñaros estos caminos? Muy inferior a casi todas vosotras en la edad y mucho más inferior a todas en la virtud, debiera estarme en silencio en vuestra presencia, escuchando de vuestros labios y estudiando en vuestras acciones el arte santo de agradar a Dios. Pero a todos estos sentimientos se sobrepone el noble sentimiento de la obligación, ante la cual inclino mi frente y me dejo conducir de su sagrada mano; así, pues, os hablaré en esta ocasión, en que de otra suerte debiera estarme en silencio.

No puedo hablaros como el Apóstol, quien decía a los fieles: «Sed mis imitadores como yo lo soy de Cristo», porque todo cuanto en mi véis, no sirve más que para entibiaros; os hablaré, pues, como se hablan los hermanos muy queridos, que mutuamente se exhortan a conseguir un bien,

donde el más necesitado suele ser el que exhorta con mayor energía.

Empezáis, a(mada)s h(ermana)s, los *Santos Ejercicios*. ¿Qué podré, pues, deciros hoy sino la admirable bondad que el Señor os manifiesta en llamaros a hacerlos y lo mucho que debéis cuidar de aprovecharos de esta preciosa gracia? De esto os hablaré, pues, en este primer día, confiando en la ayuda de Dios y en la intercesión poderosa de la Santísima Virgen.

1. Las excelencias de los *Ejercicios* sólo las podemos comprender cuando veamos algún día innumerables almas que, si se han perdido para siempre, ha sido porque no tuvieron la suerte de hacerlos una sola vez; y cuando veamos al mismo tiempo otras innumerables que, por tener la suerte de hacerlos, salieron de la puerta del abismo y ganaron la vida eterna.

En el bullicio del mundo, todas las ideas se ven trastornadas, se juzga por mal al bien y al bien por mal; las cosas viles y miserables, que se acaban en un momento, se tienen por sumamente importantes y se trabaja sin cesar por conseguirlas; y a las cosas que verdaderamente importan, a las cosas eternas, se las tiene por de ninguna importancia, no se piensa jamás en ellas, juzgándose esta ocupación, propia de almas sencillas e indigna completamente de una persona ilustrada. Trastornadas por completo están sus ideas y en sus acciones no se ve más que trastorno; y está escrito que *no habita el Señor en la conmoción, que su morada está hecha en la paz*. Por eso lleva al retiro a todas aquellas almas, a quienes quiere comunicar verdades importantes. Al retiro fue Moisés para recibir la ley del Señor; al retiro fue San Juan para disponerse a anunciar la venida del Mesías; y en el retiro recibieron muchos santos patriarcas el divino pensamiento de establecer sus órdenes religiosas, cuya santidad fuese el asombro del mundo.

Vosotras, h(ermana)s, m(ía)s, os halláis ya en el retiro, os halláis ya muy distantes de esa conmoción que tanto agita al mundo y de la cual está el Señor tan lejos; mas no basta ese retiro ordinario para poder oír perfectamente la voz del Señor, porque El nos ha dicho: *Llevaré al alma a la soledad y la hablaré a su corazón*. No en los oídos, sino en los corazones, es donde debemos sentir esa voz divina. ¡Cuán difícil será, pues, oírla, oh h(ermana)s muy a(mada)s! En los corazones es donde tenemos menor paz, es donde se nos agita casi de continuo alguna conmoción; y no en la conmoción, sino en la paz, es donde el Señor tiene su morada.

Debemos, pues, dar un completo sosiego a nuestro corazón, debemos apartar de él cualquier pensamiento extraño que le pueda inquietar, debemos cual águilas remontarnos sobre la tierra y sobre los nublados a recibir puros los rayos del sol, debemos ponernos en completa soledad donde no se oiga más que aquella voz divina que tan dulce y tan suavemente arroba a las almas.

2. Pues bien, a(mada)s h(ermana)s, a pesar de ser tan noble y tan sagrado nuestro retiro, está muy distante de tener de continuo a nuestras almas en esa soledad tan venturosa, en que no se oye sino la voz de Dios. Mientras estemos en esta vida mortal nos estarán casi continuamente agitando mil tentaciones, y nosotros que somos débiles, nos dejaremos vencer de unas y alucinar de otras, y de tan prolongado combate no podremos menos de salir llenos de heridas que dejarán débiles y enfermizas a nuestras pobres almas.

Como nuestra ignorancia es tan grande, no podemos ver multitud de defectos de que estamos llenos, y estos defectos ignorados se van connaturalizando en nosotros y nos hacen descender a la estéril y espantosa región de la tibieza. Miramos sino cada uno a dentro de sí mismo, consideremos el interior de nuestros corazones, y veremos, por desgracia,

bien confirmada esta triste verdad. Cuántas veces desde la más alta y amorosa unión con Dios nos habremos visto descender hasta una acidia mortal, hasta una apatía de espíritu, que nos hace insoportable el servicio del Señor.

¿Cuál fue la causa de esta fatal tibieza? ¡Ay, h(ermana)s m(ía)s! ¿Quién podrá considerarla y no llorar de dolor al ver cuán grande es nuestra miseria? Una faltita, al parecer del todo insignificante, y tan pequeña acaso que se nos haya pasado del todo inadvertida, fue la que nos precipitó en tan terrible desgracia. Acaso el no habernos preparado un día para la oración, o el habernos distraído un momento, hizo que estuviésemos en ella con menos fervor; otro día casi por costumbre y sin notarlo repetimos lo mismo y sólo notamos que el fervor va desapareciendo y ya no sentimos aquellas delicias que otras veces inundaban nuestra alma cuando cantábamos las alabanzas divinas. Desaparece el fervor por completo, desaparece el gusto a las cosas santas, y en seguida se empieza ya a buscar el consuelo de las criaturas; el apetito de nuestra alma está ya del todo estragado, desabridas y amargas nos parecen ya las cosas del cielo, y no podemos hallar dulzura en las del mundo. Empezamos a dejar nuestras devociones y todos nuestros piadosos ejercicios, y vednos ya sepultados en la más triste y espantosa tibieza.

No creo que podáis poner en esto la más mínima duda. Mas si creéis que exagero, considerad, vuelvo a repetir, considerad el interior de vuestro espíritu. ¿Dónde está aquella tan abrasadora caridad que tuvimos en algún tiempo? ¿Dónde el impetuoso fervor del año de noviciado? ¿Dónde está aquel astro de felices esperanzas que en nuestros primeros años lució sobre nosotros? Ya ha desaparecido... Desapareció cual un cometa, que está dos días alegrando con su resplandor todo el firmamento y al punto queda perdido en la inmensidad del espacio. Desapareció como un rayo, que luce un momento solo y al punto nos deja sepultados en las horrendas tinieblas de una noche oscura.

3. Tal es nuestra degradación, a(mada)s m(ías), tal es nuestra miseria. Desde tan gran altura en que nos hallábamos, caímos en una tibieza tan triste y espantosa. ¿No podremos librarnos de tanta desgracia? ¿No podremos volar siquiera a aquella sublime altura, en que nos vimos en algún tiempo? Sí, a(mada)s m(ía)s, sí, consolémonos pues, no hay por qué desmayar. Al cabo, Dios es nuestro Padre, Dios es el Esposo de nuestras almas, y si no le hemos servido tan bien como él merecía, si no hemos cumplido con toda perfección los propósitos que al profesar hicimos, al cabo jamás apartamos de él nuestros ojos. Sabe él que somos de barro, sabe que nada podemos por nosotros mismos y que, sin embargo, aun cuando no le hayamos amado con toda perfección, no por eso dejó de ser nunca el principal objeto de nuestros corazones. No desmayemos, pues; imitemos al Real Profeta que, hallándose en una situación semejante, decía: *¿Quién me dará alas como de paloma y volaré y descansaré?* He aquí, a(mada)s m(ías), lo que necesitamos: volar desde lo profundo de nuestra miseria a descansar en los brazos de N(uestro) S(eñor), morada bella de la dulce paz; esto es lo que debemos desear ardientemente; esto es lo que debemos pedir al Señor.

Mas para que nuestro intento no sea vano, hagamos lo que a este fin hizo el Santo Profeta: *He aquí —añade— que me alejé huyendo; y permanecí en la soledad. Esperaba a aquel que de la pusilanimidad de espíritu y de la tempestad me tiene hecho salvo.* Ya veis, pues, h(ermana)s m(ía)s, lo que debéis hacer: alejaros huyendo, huyendo de las consolaciones humanas, huyendo de todo trato con el mundo, huyendo en fin de todas vuestras miserias y hasta de vosotras mismas, para quedar en soledad completa. Entonces sí que podréis esperar confiadas a aquel que tantas veces os ha librado de la posulanimidad de espíritu, entonces sí que sonará en vuestros corazones su voz consoladora.

4. Pues bien, a(mada)s m(ías)? ¿Qué son estos *Ejercicios* sino esa feliz soledad en que se habla a solas y tan íntimamente con N(uestro) S(eñor), en que se recibe de él tanto esfuerzo para librarnos de nuestra pusilanimidad de espíritu y tibieza? ¿Podréis dudar de la excelencia de esta gracia? Si no fueran los *Ejercicios*, ¿quién daría a conocer, aun a las almas más espirituales, esos defectos inadvertidos que tanto nos perjudican? ¿Quién nos daría el fevor de la caridad, cuando nos hallamos con tal languidez de espíritu, que estamos ya muy próximos a caer en pecado? ¿Quién, en fin, a tantos pecadores, que estaban del todo olvidados de Dios y por completo sumergidos en las cosas del mundo, les inspiró los ardientes y eficaces deseos de esforzarse a caminar como gigantes hasta lo más encumbrado de la perfección? ¿Quién obró todos estos portentos sino los *Ejercicios*?

Pues esta admirable gracia es la que os dispensa ahora el Señor. ¿Y podréis hacerlos ingratas a ella? ¿Podréis menos de recibirla como un don preciosísimo del cielo, como una prenda del amor que os tiene vuestro divino Esposo? Sed, pues, agradecidas a ella, h(ermana)s m(ía)s, porque es mucho mayor de lo que pensáis. En los *Ejercicios* es cuando más dulcemente sentimos reinar la paz en nosotros; en los *Ejercicios* es cuando más claramente sentimos la voz del Señor en nuestros corazones; en los *Ejercicios* es cuando recibimos un torrente de luces celestiales, que nos hacen ver nuestros defectos ocultos y las virtudes de que carecemos; en los *Ejercicios* es cuando más pródigamente derrama el Señor sobre nosotros sus gracias, con que nos hacemos fuertes para vencer todas las dificultades y cobramos ánimo y esfuerzo para volar a la cumbre de la caridad; en los *Ejercicios*, en fin, tomamos gusto a las cosas divinas y nos acostumbramos a ellas, se nos hacen desabridas y abominables las cosas mundanas, nos unimos íntimamente con Dios y con la multitud de prácticas devotas, que en ellos hacemos, adquirimos infinitos méritos para la vida eterna.

Tales son en compendio las excelencias de los *Ejercicios*, tal es la prodigiosa gracia que en estos días dispensa el Señor. Mas de esta gracia tan fecunda, lejos de sacar provecho, sacaréis muchísimo daño si no sabéis aprovecharos de ella. Muy grande es esta gracia y muy grande debe ser también la disposición para recibirla y el trabajo que nos hemos de tomar para hacerla fructuosa. Si sois fieles esposas del Rey de los cielos, si deseáis que en vuestras almas suene su dulce voz, sabed, os vuelvo a repetir, sabed que sólo puede oírse en los corazones, y en corazones que están en completa soledad. Un corazón que tenga el más mínimo afecto a cualquier cosa sensible, se siente de continuo atraído por ella, no puede volar a lo alto y descansar en los brazos del divino Esposo, no llega nunca a la feliz soledad, en que tan íntimamente habla el Señor a las almas queridas. Esta debe ser, pues, vuestra principal disposición: la soledad, la soledad, una soledad completa.

No quiero deciros que habéis de estar de continuo con el corazón en los cielos, porque esto no lo permite nuestra natural miseria en esta vida. Lo que os digo es que trabajéis cuanto buenamente podáis para conseguirlo del modo más perfecto que os sea posible.

La vista la debéis tener siempre recogida para que no veáis nada que os pueda distraer; el corazón lo debéis tener siempre en el cielo; y vuestro pensamiento no se debe ocupar sino en las cosas del alma. Para esto os es del todo necesaria la guarda del silencio: no debéis hablar absolutamente nada durante estos diez días; el alma que no sabe pasar siquiera diez días sin recibir el consuelo de conversar con las criaturas, para conversar en ellos únicamente con Dios, da claras señales de estar muy pegada a la tierra, manifiesta claramente que si le fuera posible querría permanecer con los hijos de Rubén en Galad, renunciando a poseer la verdadera tierra prometida, que es la gloria eterna. Silencio, pues, a(mada)s m(ía)s, silencio y recogimiento, por-

que de otra suerte no podréis oír su dulce voz en vuestros corazones.

Mucho me tendría que detener si fuera a decir con extensión todas las condiciones que deben tener los santos *Ejercicios*; os haré, pues, un resumen de ellas en pocas palabras. Debéis empezarlos con grandísimos deseos de que os sean provechosos, de hacer que produzca en vosotras copiosísimos frutos la preciosa gracia que os dispensa el Señor. Debéis, pues, hoy resolveros a no omitir nada que conduzca a tan noble fin. Sabéis que, como os he dicho, los *Ejercicios* están destinados a reconocer los defectos que tenemos para arrancarlos de nosotros, y las virtudes que necesitamos para trabajar sin descanso por adquirirlas. Ya véis, pues, cuál debe ser una de vuestras principales ocupaciones en estos días: examinar con gran detenimiento lo más oculto de vuestras conciencias formando intenso dolor de cuantos defectos en ellas encontréis y tomando grande esfuerzo para adquirir las virtudes que os faltan. Además, en la íntima comunicación que se tiene con Dios en los santos *Ejercicios*, se reciben abundantes luces celestiales con que podamos conocer el estado de nuestras almas y ordenar nuestras vidas. No perdáis, pues, tan feliz ocasión, reflexionad atentamente sobre las santas ilustraciones que recibís del cielo en estos días y los buenos propósitos que formáis a la luz de ellas; y no os contentéis con procurar recordarlos, porque es muy frágil la memoria: escribid cada día los propósitos que en él forméis y las ilustraciones que recibáis, resolviéndoos a leerlo después con suma frecuencia para que os sirva siempre de regla de vuestra conducta.

Mas ya sabéis que no recibiréis semejantes ilustraciones, que no hablará el Señor a vuestro corazón, si no lo tenéis en una paz absoluta, si no os desprendéis de todos los afectos de la tierra. Volad, pues, a lo alto cual inocentes palomas, volad con las almas de una oración continua a descansar dulcemente en los brazos de Dios. Si allí fijáis vuestra morada todos los días, si no pensáis sino en animaros a cum-

plir para siempre la divina voluntad, entonces sí que gozaréis estos días las celestiales delicias de que gozan las almas verdaderamente esposas de Jesús, entonces sí que saldréis de ellos vigorosas para subir esforzadas cual gigante hasta la cumbre de la perfección, entonces sí que ganaréis imponderables méritos para la vida eterna.—AMÉN.

2.^a PLATICA

Fin del religioso

"Fratres sancti, vocationis caelestis participes, considerate Apostolum et Pontificem confessionis nostrae Jesum" (Hebr. 3, 1).

Hermanos santos, participantes de la vocación celestial, considerad a Jesús Apóstol y Pontífice de nuestra confesión.

Os contemplo ya verdaderamente preparadas a sentir la voz del Señor en vuestros corazones, os contemplo ya del todo resueltas a practicar cuantas resoluciones os inspire el Señor, os contemplo ya a todas diciendo con Samuel: *Hablad, Señor, que vuestras siervas oyen*; y con el Real Profeta: *Enséñanos, Señor, a hacer tu voluntad*. Esta voluntad soberana es el objeto de todas vuestras meditaciones y no deseáis más que saberla para poder cumplirla. Pues bien, a(mada)s m(ía)s, esta voluntad es que nos santifiquemos; así lo enseña la Sagrada Escritura: *Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación*. Y si esta es la voluntad de Dios con respecto a todos los hombres, ¿cuánto mejor lo será con respecto a los religiosos? Somos religiosos, a(mada)s m(ía)s, y nuestro mismo nombre dice que somos la religión personificada; grande debe ser, pues, nuestra santificación, para que no sea vano nuestro precioso nombre, para que cumplamos la voluntad de Dios según requiere nuestro sublime estado. Mas si queremos saber en qué grado lo debemos cumplir, consideremos el fin del estado religioso, y veremos cuáles deben ser las almas que viven en él.

La consideración del fin de nuestro estado nos es tan necesario para ser buenos religiosos, cuanto lo es a todos los hombres para poder salvarse considerar el fin para que fueron hechos. Todas las cosas, a(mada)s m(ías), están ordenadas a un fin, y si consiguen ese fin, cumplen con su objeto, encierran en sí la belleza del orden y son, por lo tanto, buenas; mas si no consiguen su fin, por muy grandes que al parecer sean, en la realidad faltan a su objeto, encierran en su ser el abominable sello del desorden natural, y serán siempre reputadas por malas. Nuestro fin es lo que debe estar siempre delante de nuestros ojos, porque si lo logramos conseguirle, conseguimos la suma de nuestra perfección, y si no lo conseguimos, perdidos serán todos nuestros trabajos, errados serán todos nuestros caminos. ¿Para qué fin, pues, hemos sido llamados al estado religioso?

1. Hemos sido llamados, h(ermana)s m(ía)s, para ser santos y sin mancha alguna, hemos sido llamados para llegar a la santidad más alta, para que seamos a los ojos de los mortales, vivos modelos de todas las virtudes, y modelos tan acabados que no se halle en nosotros mancha ni imperfección alguna, para que así podamos ser imitados cual si fuéramos la misma santidad personificada. Nosotros podemos repetir lo que decía el apóstol: *Hemos sido hechos espectáculo para Dios y para los ángeles y para los hombres*. Espectáculo para Dios, que ve con dulzura y alegría que somos verdaderos y dignos hijos suyos, que somos vivos retratos de su infinita bondad; espectáculo para los ángeles, porque ven con admiración que los religiosos son verdaderos ángeles también, a pesar de que viven en la vil carne humana; espectáculo para los hombres, que deben contemplar en nosotros el colmo de la perfección, a que es dado al hombre llegar, y virtudes tan portentosas que no pueden menos de dejarlos absortos y arrobados. Hemos sido llamados para ser los hijos predilectos de Dios, para ser los más familiares discípulos de Jesús, a quienes se comunican los

tesoros de su sabiduría. Por eso no nos contentamos como los demás fieles con cumplir los preceptos divinos, que son necesarios para la salvación, sino que anhelamos con todas nuestras fuerzas por guardar los consejos evangélicos, que son el camino verdadero para subir a la cumbre de la caridad. Y no satisfechos de tener propósito de guardar estos consejos, hacemos voto de los tres principales, que son como el compendio de todos, para así estar por medio de estos divinos lazos ligados al cielo y del todo libres y desprendidos de las cosas de la tierra.

Nos ha llamado el Señor para ser santos e inmaculados, en la profesión desposa consigo a nuestras almas y, adornándolas con todas las gracias necesarias para tan alta dignidad, les dice estas palabras del Cántico de los Cantares: *Eres toda hermosa, amiga mía, y en ti no hay mancha alguna.*

2. Tal es, a(mada)s h(ermana)s, la dignidad de los religiosos, tan grande y tan sublime el fin de nuestra estado. Si somos fieles a nuestra vocación, si cooperamos a las preciosas gracias que el Señor nos dispensa, entonces sí que seremos verdaderamente felices. Ya en la tierra somos verdaderos ángeles, y mucho más que ángeles, porque nuestras almas son esposas del Rey de los cielos. Y en la gloria tendremos aquellos sublimes tronos que tiene el Señor guardados para aquellas almas escogidas que fueron objeto de los más tiernos amores de su corazón. Mas si no correspondemos al fin de nuestra vocación, ¡desdichados de nosotros! Los santos enseñan, y parece cosa cierta, que cuando Dios elige a un alma para un alto trono de gloria, le señala entonces un profundísimo lugar en el infierno; si no se hace digna del alto fin a que ha sido llamada, bajará sin duda a lo más profundo del abismo. En nosotros no hay medianías, para nosotros ni hay poca gloria ni poco infierno, porque el religioso o es un San Agustín o es un Lutero.

¿Qué quéis, pues, a(mada)s h(ermana)s m(ías)?; ¿queréis ser verdaderas esposas del Señor y reinas por lo mismo

de la gloria, o queréis bajar a lo más profundo del abismo? Decidme pronto, decidme qué queréis. ¿No queréis bajar al abismo?; ¿queréis ser esposas del Rey de los cielos? Pues muy alta, muy sublime es la dignidad que pretendéis, y desde el lugar sagrado que ocupo os digo que no la podréis conseguir si no vivís como conviene a tan alta dignidad. ¿Y qué vida podremos hacer por santa que sea que pueda llamarse merecedora de tan alta dignidad? No escatimemos, pues, trabajos, no temamos dificultades, tomemos ánimo y valor para volar a la cumbre de la santidad. No desmayemos viendo la debilidad de nuestra naturaleza; digamos con San Pablo: *Todo lo puedo en aquel que me conforta*. El empezó la obra de nuestra vocación, y él la llevará, sin duda, a cabo, si no nos hacemos ingratos a sus beneficios.

3. Librémonos, a(mada)s (h(ermana)s, librémonos de la ingratitud, y entonces conseguiremos ciertamente la multitud de bienes que nos están preparados. La ingratitud, repito, es el vicio más temible para los religiosos, es la única cosa que debemos temer; porque si de ella nos libramos, lloverán sobre nosotros los tesoros de bienes que nos están prometidos y si caemos en ella, el Señor nos arrojará de sí como objetos indignos de las dulces ternuras de su amor. Mas ¡ay!, y ¡cuán fácilmente caemos en tan horrible vicio! El Señor ha derramado sin medida sus gracias sobre nosotros, nos abrió los tesoros de sus misericordias para que llovieran de continuo sobre nuestras almas. Es imposible que podamos comprender la grandeza de esta admirable gracia hasta el día del juicio, cuando veamos entre los réprobos a muchísimos hombres que eran, cuando vivían con nosotros en el mundo, mejores que nosotros y, sin embargo, se pierden para siempre, porque el Señor no quiso inclinar sobre ellos los ojos de su misericordia llamándolos al retiro.

¿Cómo podremos, pues, agradecerle aquel portento que obró su misericordia llamándonos a nosotros, que éramos unos indignos? ¿Y cómo podremos agradecerle la multitud

de gracias con que continuamente nos está distinguiendo? ¿Cuántas inspiraciones nos está comunicando? ¿Cuántos nobles sentimientos del todo diferentes de los que tienen las almas que viven en el mundo? Mientras ellos pasan la vida en pensamientos vanos; mientras se sacrifican y consumen y pasan largas vigiliass y están meses y años enteros andando siempre perdidos por conseguir un objeto que no vale nada; nosotros decimos en nuestro interior con un noble desdén: para cosas más grandes estamos destinados.

Esta distinción de nuestros pensamientos y de los del mundo, de nuestros deseos y de los de él, es una obra tan grande de la divina misericordia, que continuamente está ocupando mi alma y siempre me deja lleno de admiración. Cuando vivíamos en el mundo no nos causaban impresión los males que en él había, porque continuamente los estábamos viendo; mientras estamos en la religión tampoco nos impresionan porque nunca los vemos; mas si viviendo en la religión tampoco nos impresionan porque nunca los vemos; mas si viviendo en la religión tenemos no obstante la desgracia de tratar con el mundo, entonces es cuando claramente vemos y sentimos la terrible desgracia de los infelices hombres: sus pensamientos son propios de locos, su corazón es de animal inmundo, su boca es un infierno. ¿Os parece exagerado? Pues sabed, h(ermana)s m(ía)s, que cuando empecé a tratar con el mundo, al ver que jamás se acuerda de una cosa santa, al ver las horribles blasfemias que está profiriendo, al ver las palabras más inmundas y escandalosas que continuamente y con el mayor descaro está vomitando, casi llegué a dudar si serían hombres; parecíame que eran o bestias o demonios. Tan persuadido estoy de la corrupción del mundo, que tengo por cosa cierta que de cien seglares no se salvan cinco.

4. De entre esta masa de corrupción nos ha sacado el Señor, nos ha sacado como a Lot de esta perversa Sodoma que va a ser abrasada prontamente en las llamas de la in-

dignación divina. ¿Qué agradecimiento podremos mostrar al Señor por habernos concedido la inestimable gracia de traernos al santo retiro? ¿Podremos menos de quedar arrebatados de amor al ver su gran misericordia para con nosotros, al ver los inmensos bienes que continuamente nos está dispensando? ¿Podremos menos de prorrumper con David llenos de entusiasmo y fuera de nosotros: *Qué podré dar al Señor por todos los bienes que me ha concedido?* ¿Qué podremos darle, a(mada)s h(ermana)s, qué podremos darle? ¿Qué portentos de amor haremos para no ser ingratos? El apóstol San Juan dice: *Tal caridad nos dio el Padre, que hizo que nos llamásemos hijos de Dios y lo fuésemos en realidad.* No se contentó el Señor con dejar de llamarnos siervos; llamándonos amigos, quiso llamarnos también hijos y quiere que lo seamos.

Y al ver tales prodigios de la caridad divina, ¿quién podrá menos de exclamar con San León: *Agnosce, o christiane, dignitatem tuam... (reconoce, oh cristiano, tu dignidad; y, hecho participante de la divina naturaleza, no quieras volver a la vileza antigua con una conversación degenerada).* He aquí, a(mada)s m(ía)s, en estas palabras del gran San León compendiado el verdadero modo de mostrarnos agradecidos al beneficio que el Señor nos ha dispensado. Somos hijos de Dios, somos participantes de la naturaleza divina; mostremos en nosotros la noble dignidad de nuestro linaje, hagamos obras que asombren al mundo, hagamos obras dignas de los hijos de Dios, no nos rebajemos de dignidad tan noble a las obras miserables de los hijos de Adán.

5. ¿Y con qué obras os parece que debemos mostrar que somos hijos de Dios? Mirad a Jesucristo, mirad a nuestro primer hermano, a quien el Padre nos dio por modelo. Mirémoslo, h(ermana)s m(ía)s, consideremos sus obras, escuchemos sus palabras y aprenderemos a ser dignos hijos de Dios. ¿Queréis oír su voz misma? Pues sabed que es voz

suya la de vuestros prelados, porque él les ha dicho: *El que os oye a vosotros, me oye a mí*. ¡Qué manera más cómoda para oír la voz de Jesús! No tenemos más que oír a nuestros superiores y, viviendo según la voz de ellos, vivimos según la voz de nuestro buen Jesús y somos, por lo tanto, dignos hijos de Dios. Nuestro principal prelado es Santo Domingo, su voz no es otra que nuestras *Constituciones*. He aquí, pues, el verdadero modo de oír la voz de Jesús, he aquí la verdadera manera de imitarle, he aquí el medio de conseguir nuestra vocación. Nuestras *Constituciones* deben estar siempre delante de nuestros ojos, y en nada debemos ocuparnos sino en su cumplimiento.

Las virtudes de Jesucristo, a(mada)s m(ía)s, eran infinitas, y no pudiendo los santos fundadores imitarlas todas, pusieron en sus *Constituciones* las que eran propias para conseguir el fin especial de su instituto. Todas las religiones, pues, imitan a Jesús, y en todas, por lo tanto, se puede el hombre santificar; pero imitándole cada una bajo un diferente aspecto, estaremos obligados a imitarle de aquel modo especial que Dios quiere que le imitemos, que es escuchando la voz de nuestros prelados. El cartujo se santifica guardando su *Regla*, el dominico se santifica guardando la suya, y sólo guardando la suya; y si dejase de guardarla por guardar la del cartujo, se perdería miserablemente, porque no quería oír la voz de su prelado; y despreciándola, desprecia a Jesucristo mismo.

Ya véis, pues, h(ermana)s m(ía)s, cuán fácilmente nos podemos librar del abominable vicio de la ingratitud y conseguir el fin de nuestro estado. ¿Qué dificultad tienen nuestras *Constituciones*?, pues solo con cumplir lo que en ellas está escrito os hacéis santas y muy santas. Dadme un dominico, decía un Sumo Pontífice, dadme un dominico que haya cumplido bien sus *Constituciones*, y al momento lo canonizaré. ¿Cuántos santos de nuestra Orden, sólo con guardar nuestras leyes, llegaron a la cumbre de la perfección? ¿Qué mayor virtud que la de Santo Tomás?; pues

no se escribe de él que hiciese ninguna cosa extraordinaria, solo con estar enteramente puesto en manos de la obediencia, sin hacer apenas otra cosa que estudiar, que era lo único que se le mandaba, llegó a conseguir aquella santidad tan admirable, llegó a ser todo un Santo Tomás.

A tan sublime altura podemos llegar también nosotros siempre que seamos exactos en guardar nuestras leyes. Nuestro Padre no nos ha querido llevar al cielo por caminos escabrosos; nos quiso llevar por un camino fácil y sembrado de flores, nos quiso llevar por el camino del amor, que a la vez que es el más hermoso, es también el que guía más derechamente y con mayor facilidad a lo más encumbrado del reino de los cielos.

Jesús es nuestro camino, por su amor e imitación debemos caminar, y este camino de la imitación de Jesús, según compete a las religiosas dominicas, es lo que os quiero enseñar en estos *Ejercicios*.

En ellos os voy a mostrar las principales virtudes en que habéis de resplandecer, cuales son: *abnegación, humildad, obediencia, presencia de Dios, perfección completa e imitación a los santos de la Orden*, las que os iré proponiendo una cada día.

Ya véis, h(ermana)s m(ía)s, el fin alto y sublime del estado religioso. Ya véis la gran misericordia que nos ha mostrado el Señor, sacándonos de entre tantos peligros como hay en el mundo y trayéndonos al retiro sagrado para ser sus más fieles imitadores, sus amigos más íntimos, sus hijos predilectos. ¿Qué agradecimiento podremos mostrar al Señor por esta distinción tan grande, por esta incomprendible misericordia que ha usado con nosotros? ¿Cómo podremos menos de ofrecernos con toda nuestra alma a cualquier sacrificio que sea grato al Señor, o emprender animosos cualquier camino que él nos señale, por áspero que sea? ¿Cómo no caminamos, pues, esforzados y llenos de valor

por un camino tan fácil y tan hermoso, como el que nos ha señalado, por el camino florido de nuestras *Constituciones*?

Caminemos, pues, alegres y valerosos por tan bello camino y muy pronto llegaremos al reino que nos está preparado.—AMÉN.

3.ª PLATICA

Abnegación

"Qui vult venire post me, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me" (Mat. 16, 24).

Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.

Ya me parece, a(mada)s h(ermana)s, que estoy leyendo en vuestros corazones un deseo vehementísimo, un deseo que tiene a vuestras almas del todo conmovidas y os hace decirme desde lo más interior de vuestro espíritu aquellas palabras de la esposa de los Cantares: *Indícame el amado de mi alma. Dime dónde mora, por dónde camina; no quiero apartarme jamás de sus pasos divinos.* Pues bien, a(mada)s m(ía)s, a este deseo tan ardiente y tan noble, voy a satisfacer en este momento. ¿En dónde os parece que hallaréis a Jesús? ¿De qué modo imagináis que podréis seguirle? No os lo quiero indicar con palabras mías, os lo quiero indicar con las de vuestro Amado. El nos lo dice en el Evangelio y estas son sus palabras: *El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.*

He aquí, a(mada)s m(ía)s, cómo debemos seguir al Salvador. He aquí cómo iba la esposa de los Cantares, cuando sus compañeras preguntaban admiradas: *¿Quién es ésta que sale por el desierto, inundada de delicias, apoyada sobre su Amado?* Así iba la santa esposa del Cordero divino, así iba por el desierto de este mundo inundada de delicias, porque negándose a sí misma hacía en todo la voluntad de su

divino Esposo, en cuyos dulces brazos se había arrojado. Esto es, pues, a(mada)s m(ía)s, lo primero que debemos hacer para seguir a Jesús. El mismo nos lo ha dicho, y el dudarle sería blasfemar.

El reino de los cielos padece violencia, y los esforzados son quienes lo arrebatan. *La carne lucha contra el espíritu y el espíritu contra la carne.* En este terrible combate estamos puestos, porque como dice el santo Job, *milicia es la vida del hombre sobre la tierra.* Tenemos que luchar a la desesperada, tenemos que abatir por completo las malas inclinaciones de nuestra carne, tenemos que dar muerte a todos nuestros deseos desordenados; y el que ésto hiciere, rompiendo, como dice San gustín, el muro de la pasión, sube violentamente al reino de los cielos. Esto es lo que tenemos que hacer para seguir a Jesús: negarnos a nosotros mismos, despojarnos, como enseñaba el Apóstol, del hombre viejo con todos sus actos y vestirnos del nuevo.

1. Considerad un poco vuestra naturaleza, y al punto veréis una lucha continua y encarnizada dentro de vosotras; veréis que hay en nuestros miembros una ley que repugna a la ley del espíritu, una ley infernal que nos hace cautivos del pecado. Veréis tal desorden y desconcierto en nosotros, que no podréis menos de suspirar con el apóstol diciendo: *¿Quién me librará de este cuerpo en que reina la muerte?* Y si miráis a vuestra misma alma, ¿cuánto desorden hallaréis en ella? Manchada con el pecado original, siente en sí misma irresistible tendencia a las cosas del mundo, un deseo abominable de separarse por completo de la ley del Señor.

Contra estos dos enemigos interiores y tan formidables es contra quienes tenemos que luchar. Contra las rebeldes inclinaciones de nuestra carne y los desordenados deseos de nuestro corazón. De este modo tenemos que negarnos a nosotros mismos, resistiendo a las propias inclinaciones de nuestra naturaleza, si queremos seguir a nuestro Salvador. ¿Os parece acaso que esta cruz de abnegación será muy pe-

sada y del todo superior a vuestras fuerzas? ¿Estáis decididas a llevarla siempre? Si no tenéis esta resolución, volvéos atrás, que no podéis ser siquiera discípulos de Jesús, pues el que lo ha de seguir tiene que llevar esta cruz cada día. Pero no, a(mada)s m(ía)s, no desmayéis; alentaos diciendo con San Pablo: *Todo lo puedo en aquel que me conforta*. Pesada es la cruz, terrible es el combate, pero la victoria será sin duda nuestra.

2. ¿Cómo os parece que habremos de combatir los deseos de nuestro cuerpo? Pues sabed, a(mada)s m(ía)s, que lo primero que debemos hacer es examinarlos. Muchos creen que tienen paz consigo, y están muy engañados; llaman necesidad a un manifiesto vicio, y juzgan por honesto todo lo que es agradable. Este es cabalmente el juicio de los mundanos, y no están, por desgracia, muy distantes de él algunos religiosos. *Teniendo alimentos y con qué cubrirnos, estemos contentos con esto*, nos dice San Pablo. Si tenemos, pues, el alimento suficiente, si estamos ya cubiertos con suficiente vestido, ¿podremos tener otros deseos, sin seguir los impulsos de la carne? ¿De dónde viene, pues, el deseo de comidas delicadas? ¿De dónde la inclinación a andar con un vestido elegante? ¿De dónde ese vano apego a los adornos y a las alhajas hermosas? ¿De dónde, en fin, el desear en todo nuestras conveniencias?

Decidme: ¿No son todas estas cosas deseos de la carne? No nos ilusionemos, a(mada)s m(ía)s, no andemos diciendo dentro de nosotros: esto lo quiero porque lo necesito, aquello me viene bien porque estoy delicado. ¡Qué tal nos engañamos, a(mada)s m(ía)s, qué tal nos engañamos a nosotros mismos! ¡Cuán pocas cosas son las que necesitamos en realidad y cuán muchas las que vana y carnalmente estamos codiciando! ¡Cuántas veces, con el pretexto de estar delicados, pedimos una golosina que acaso nos hará mal, y no queremos recibir el verdadero remedio! ¿Qué es esto, sino servir únicamente al desordenado apetito?

En estos deseos, a(mada)s m(ía)s, en estos apetitos que no se ordenan a ningún fin honesto, y antes bien, están dañando a la misma salud, es donde continuamente nos debemos mortificar. No estoy yo por ayunos muy rigurosos, ni por penitencias extraordinarias; todo esto suele con frecuencia perjudicar la salud, y entonces, lejos de agradar a Dios, muy difícilmente se libran de pecado los que lo practican. Lo que debemos mortificar son los infinitos deseos y malas inclinaciones que sin cesar brotan de nuestra carne; porque esta mortificación, además de ser enteramente necesaria para ser religiosos, en nada perjudica y antes perfecciona la salud corporal. Es cosa verdaderamente digna de lástima ver a muchas personas afligirse con ayunos y penitencias, hasta el extremo de perder la salud, y que sin embargo no quieren hacer esta mortificación tan necesaria y que tantos bienes nos proporciona.

Me preguntaréis acaso, ¿cómo habremos, pues, de mortificar nuestro cuerpo? Pues bien a(mada)s m(ía)s, debemos mortificar sin descanso alguno todas nuestras inclinaciones ilícitas, ya sean deshonestas, ya de gula, ya de pereza o de otro cualquier vicio. No vayamos a creer que porque estas pasiones son tan groseras no han de asaltar a los religiosos. No hemos de ser más privilegiados que San Pablo, que lloraba amargamente al ver el gran peligro en que le tenían puesto. ¡Cuánto debemos temer nosotros miserables! Velemos, pues, de continuo para no ser asaltados.

Si tocan la campana, si estamos en el coro, desechemos la pereza, no hagamos caso de la indicación del cuerpo, marchemos presurosos a hacer lo que se nos ordena, esforcémonos contra toda nuestra repugnancia por alabar al Señor. Si estamos en el refectorio, comamos lo necesario para cumplir nuestras obligaciones; pero librémonos bien de andar buscando cosas exquisitas para regalar el apetito, librémonos bien de comer sólo para regalarnos. ¿Seríamos tan necios que si hallásemos una serpiente helada de frío, nos atreviésemos a entrarla en nuestro seno para que, cuando

se sintiese con vida, nos picase reanimada por el calor que le prestábamos? ¿Y seremos tan necios que estemos regalando nuestro cuerpo para que después nos persiga sin cesar con sus tentaciones? Cuidemos, pues, bien de no regalarnos. Cuidemos también de guardar con fidelidad los ayunos y demás mortificaciones que ordenan nuestras sagradas leyes, que nos ayudarán grandemente a abatir las malas inclinaciones de nuestro indómito cuerpo.

Además de esta mortificación necesaria, procuremos abatirlas de otros muchos modos, cuidando siempre de consultar en los casos de duda, no sea que lleguemos a perder la salud.

Otras muchas mortificaciones hay de suma importancia, porque en nada perjudican la salud corporal, y las podemos estar haciendo siempre, y por otra parte, son maravillosas para hacernos adelantar en la virtud y en el sufrimiento; tales son las incomodidades de la estación, el sufrir con paciencia el calor y el frío y los insectos que nos molestan, y otras muchas cosas por el estilo, que son casi necesarias, y sufriendolas por Dios, se ganan con ellas infinitos tesoros.

3. Mas no basta esto solo para negarnos por completo a nosotros mismos y poder seguir a Jesús. Es necesario domar también al enemigo interior, las malas inclinaciones del corazón corrompido. Estas, a(mada)s m(ía)s, son sumamente difíciles de vencer, pues hasta el conocerlas nos es muy difícil. Las inclinaciones del cuerpo, como son tan groseras, nos humillan y nos dejan avergonzados, y hasta el amor propio se esfuerza por desterrarlas... Pero las interiores, como son más espirituales, nos parecen más nobles, y hasta muchas veces creemos que son buenas. Estas son el amor vano de las criaturas, la vanagloria, el deseo de recreaciones, la impaciencia, la ira y toda esa multitud de movimientos que continuamente agita a nuestro espíritu y no nos deja unirnos al Señor.

¿Y qué hemos de hacer con tantos adversarios como dentro de nosotros tenemos? ¿Qué hemos de hacer, sino estar en continua vigilancia para no ser sorprendidos? ¿Qué hemos de hacer sino, confiados en el Señor, llenarnos de ánimo y decir con David: *Perseguiré a mis enemigos y los prenderé y no los he de dejar hasta que desfallezcan?* Esto es lo que debemos hacer, a(mada)s m(ía)s; persigámoslos sin descanso, donde quiera que los hallemos; oprimámoslos hasta que, desfallecidos, no puedan impedirnos aquella dichosa paz en que tan dulcemente se goza del Señor. ¿Nos combate la ira? Pues hagamos que a pesar suyo se convierta en dulzura. ¿Nos combate la vanagloria? Pues procuremos al momento humillarnos, no sólo en nuestro interior, sino aún exteriormente. ¿Nos combate el amor vano de las criaturas? Pues consideremos cuánta es su miseria y consagremos a Dios todo nuestro amor. ¿Nos combate el deseo de los pasatiempos? Contradigámoslo también, vayamos a la oración, a la lectura espiritual y así lo venceremos.

De esta suerte, a(mada)s m(ía)s, debemos combatir todas las malas inclinaciones de nuestro corazón. Así es como debemos negarnos a nosotros mismos para poder seguir a nuestro buen Jesús. No desmayemos porque el combate es duro, pues *todo lo podemos en aquel que nos conforta*. Acordémonos que nos dijo el Señor: *Mi yugo es suave y mi carga ligera*. ¿Cómo temeremos, pues, tomar esta cruz? ¿Cómo podremos llamarla pesada, cuando la llama ligera el que es la misma verdad? No seamos, pues, cobardes. ¡Un poco de ánimo! y conquistaremos los más altos tronos de la gloria. Consideremos lo provechosa que nos es esta mortificación, y no podremos menos de tener un valor invencible para practicarla. San Jerónimo nos dice que *tanto adelantaremos cuanto sea la violencia que nos estemos haciendo*. Pues bien, a(mada)s m(ía)s, si sólo haciéndonos violencia es como podemos adelantar en el camino de la perfección, ¿es posible que haya en nosotros verdadero deseo

de conseguir nuestro fin, si no nos estamos continuamente violentando?

Esta es la única puerta para entrar en el cielo, ¿y no queremos abrirla? *El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame*; esto nos dice nuestro Salvador. ¿Queremos seguirlo, pues, o nos queremos apartar de sus santos caminos? Si queremos seguirle, ¿cómo no nos abnegamos? ¿Cómo no vamos tras él, llevando nuestra cruz? Sabed, a(mada)s m(ía)s, que el Señor mora en la paz. No puede, pues, morar en nuestros corazones, si no los pacificamos, si no desterramos de nosotros esa lucha fatal de la carne contra el espíritu. ¿Cómo no combatimos, pues, sin cesar a esos fatales enemigos, que tanto daño nos causan, que nos impiden oír en nosotros la dulce voz del Señor, que nos impiden unirnos estrechamente con él?

4. Mas para que toméis aún mayores ánimos de entregaros por completo a la abnegación, sabed que el que más se mortifica es el que sufre menos, y el que merece más es el que está casi de continuo en una paz venturosa y, sin embargo, lleva los ricos despojos de la guerra.

La mortificación, a(mada)s m(ía)s, es una bebida maravillosa, que al principio nos parece un poco amarga, y en seguida nos deja inundados para siempre de inefables dulzuras. Amargo le parece al iracundo dejar de irritarse, pero que se haga una vez violencia y trate con ternura a aquella persona contra la cual se le excitó la ira, y muy pronto se hallará muy satisfecho de haberse dejado arrastrar de aquel impulso brutal, de haberse portado como ordena el Señor. Le viene luego otro ímpetu de ira, pero como sabe experimentalmente lo provechoso que le es hacerse violencia, se la hace sin repugnancia; la pasión por otra parte se ha debilitado algo, la vence, pues, sin trabajo ninguno y queda lleno de satisfacción y con grandes ánimos para llegar a conseguir en breve la inmutable paz que da la mansedumbre.

Esto mismo sucede, a(mada)s m(ía)s, con las demás pasiones. No necesito probároslo, porque lo sabéis por experiencia todas. Cuando empezábamos a seguir de veras los caminos del Señor, sentíamos, es verdad, sentíamos las primeras veces no poco trabajo en resistir el impetuoso furor de nuestra pasión; pero pasaron muy pronto los primeros combates y en seguida las vimos ya postradas, en seguida nos vimos inundados de consuelo al gozar los dulces frutos de una feliz victoria.

¿Y por qué no hicimos así con todas nuestras pasiones? ¿Por qué, combatiendo con ardor las unas, fuimos compasivos con las otras? ¡Cuánta es nuestra ceguera, a(mada)s m(ía)s! Si al principio hubiésemos declarado dura guerra a todas, poseeríamos ahora una paz inmutable. Pero nos dejamos engañar. Creímos que sólo las principales podían hacernos daño, y que las demás no merecían la pena. Pero estos enemigos, al parecer pequeños y despreciables, se levantan en tropel contra nosotros, nos declaran una guerra encarnizada, y al punto nos vemos puestos en un gran peligro; debilitan nuestro fervor, llenan de confusión nuestra alma volviéndonos del todo inhábiles para el servicio divino, y al fin nos dejan sumergidos en una fatal tibieza y muy lejos de los caminos de nuestro Salvador.

¿Podemos, pues, darles paz? ¿Podremos no irritarnos contra nosotros mismos acusando nuestra negligencia? ¡Tomemos, pues, nuevos ánimos! Empecemos de nuevo a negarnos a nosotros mismos tomando esforzados nuestra cruz y siguiendo valerosos a nuestro Salvador. Si lo hacemos así muy pronto lo hallaremos, muy pronto nos recibirá en sus divinos brazos y llenará de dulzura nuestro corazón. La guerra pasará muy pronto, los trabajos son muy ligeros y con ellos podremos conquistar los reinos de la gloria.—
AMÉN.

4.^a PLATICA

Humildad y mansedumbre

"Discite a me, quia mitis sum et humilis corde; et invenietis requiem animabus vestris" (Mat. 11, 19).

Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas.

En los días anteriores habéis visto ya la necesidad que tenemos de esforzarnos a subir valerosos hasta la cumbre de la perfección; habéis visto ya que el camino es Jesús, y habéis visto también que, para seguirlo, necesitábais negaros por completo a vosotras mismas. Ahora, pues, os contempló con esa firme resolución y esperando con grandes ansias saber cuál es el primer paso que habéis de dar en el camino de la perfección. Os queréis asemejar en todo con Jesús, queréis copiar en vuestras almas su imagen divina. Y yo os encuentro ya del todo preparadas para verificar esta obra portentosa. Os habéis despojado ya del hombre viejo con todos sus actos, tiempo es ya de que os vistáis del nuevo. Lo que váis a hacer es la obra más sublime que han hecho y pueden hacer los hombres. Y en tan importante obra debéis poner, sin duda, un esmero extraordinario, porque si no guardáis en ella el debido orden, serán poco menos que vanos todos vuestros esfuerzos.

Las primeras virtudes, pues, con que debemos adornar nuestra alma para copiar en ella la imagen de Jesucristo, son la mansedumbre y humildad. *Aprended de mí* —nos dice el mismo Jesús—, *que soy manso y humilde de corazón, y*

hallaréis descanso para vuestras almas. Fundados en estas palabras de nuestro Salvador, todos los Santos Padres predicán a una que la humildad es el fundamento de la vida espiritual, y San Bernardo lo dice por estas bellas palabras, que debieran estar siempre delante de nuestros ojos: *La humildad es fundamento y guarda de todas las virtudes.* Querer, pues, levantar en nosotros el edificio de la santidad sin fundarnos bien en una humildad sólida y profunda, es tiempo perdido; el mismo santo nos dice: *El que sin humildad reúne virtudes, es como el que quiere juntar polvo echándolo al viento.*

En vista de tan expresivas palabras del gran San Bernardo no podréis menos de sentirnos enteramente resueltas a dedicaros con todo ardor a la práctica de una virtud tan necesaria. Mas para que vuestras resoluciones sean más fuertes y más eficaces, quiero ponderaros en este día las grandes excelencias de esta virtud y la necesidad que tenemos de ejercitarnos en ella. ¡Excelencias de la humildad! ¿Quién no quedará enteramente admirado al contemplarlas?

1. Esta virtud no ha nacido en el mundo. Los filósofos antiguos disputaron mucho sobre las virtudes morales, y hacían alarde de que las practicaban; pero la humildad no se le ocurrió a ninguno, pues tenía por fundamento la cosa más vana que podía haber, la misma vanidad. No pudieron los hombres comprender que para ser grandes debíamos empezar por reconocer nuestra nada.

Esta verdad tan sublime nadie la pudo enseñar sino el que era la sabiduría por esencia; para él solo quiso reservar la gloria de poder decir: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.* Palabras sublimes, palabras dignas del Maestro celestial. San Agustín, al contemplarlas, no pudo menos de exclamar, lleno de admiración: *Si esta medicina no cura la soberbia, no sé qué cosa habrá que la pueda curar.*

Pero la humildad no sólo tiene esta excelencia de haber sido enseñada por el Salvador y de ser la virtud en que más quiere El que le imitemos. Tiene, además, la excelencia grande de ser el origen de todos los privilegios y grandezas que han recibido del cielo los hombres. ¿Quién fue, sino la humildad, la que elevó a la Virgen a tan sublime altura? Ella misma lo confesó al decir estas palabras: *Porque el Señor miró la humillación de su sierva, por eso me llamarán bienaventurada todas las generaciones*. La humildad elevó a David a rey y profeta; la humildad elevó a San Pedro a príncipe de los apóstoles; la humildad, en fin, fue la que elevó a todos los santos a aquella santidad tan estupenda con que asombraron al mundo.

La humildad, a(mada)s m(ía)s, es la raíz de todas las gracias y virtudes, así como la soberbia lo es de todos los pecados. Si la oración es tan poderosa para llenarnos de dones, a la humildad lo debe. Las Sagradas Escrituras continuamente lo están enseñando. La oración del que se humilla, dice en un lugar, penetrará las nubes y no se apartará hasta que el Altísimo la atienda. El real profeta dice también que el Señor *miró a la oración de los humildes y no despreció sus ruegos*. De semejantes palabras están llenos los libros santos.

Ya véis cuán poderosa se hace la oración por medio de la humildad, al paso que sin ésta no nos sirve de nada. Ya véis cuántos bienes nos proporciona esta celestial virtud. Y al ver sus excelencias, y al ver los inmensos bienes que nos causa, ¿quién no humillará su frente hasta la tierra?, ¿quién no coserá su rostro con el suelo para poder adquirir esta virtud divina?

2. Mas no sólo debemos practicar la verdadera humildad por sus excelencias y por los bienes que nos proporciona, sino también porque tenemos obligación rigurosa de hacerlo. El Señor, que vino al mundo a enseñarnos con su ejemplo el camino de la gloria, nos la propone como la prin-

cipal virtud en que le debemos imitar. Y no nos maravillamos de estas palabras, otras diré que no pueden menos de llenarnos de asombro y de un temor santo. *Si no os hacéis como niños* —nos dice—, *no podréis entrar en el Reino de los cielos*. ¡Palabras terribles!, que no se debieran apartar jamás de nuestros ojos para huír de la soberbia como de un enemigo mortal. Tanto ama Dios a los humildes que no quiere dar su gloria sino solo a ellos.

¿Qué podremos decir, pues, de un religioso que no ama la humildad? ¡Desgraciado! No sólo ha errado su vocación, no sólo ha echado en olvido la renuncia que hizo de las cosas del mundo, sino que desprecia las obligaciones más necesarias de todo cristiano sin las cuales es de todo punto imposible entrar en los cielos. Tomemos, pues, ánimo para abrazar los desprecios y la humildad, al menos movidos por la gran necesidad que tenemos de hacerlo si queremos salvarnos.

Y no nos parezca que es una cosa tan repugnante la humildad. La humildad, a(mada)s m(ía)s, es la verdad misma, y la verdad a todo el mundo agrada. La humildad nos enseña a reconocer la nada que de nosotros tenemos y a no juzgarnos en más de lo que somos. ¿Y qué cosa más fácil que reconocer esta verdad? ¿Qué tenemos de nosotros, a(mada)s m(ía)s, qué tenemos de nosotros? Nada; todo lo que tenemos, nos ha sido prestado; todo lo que tenemos, nos lo ha dado el Señor. ¿Y podrá ser tanta nuestra ingratitud que, después de habernos dado el Señor tan liberalmente tanta multitud de bienes como hay, nosotros no queramos reconocerlos por suyos, nos queramos alzar con ellos como si fueran nuestros? ¿Dudáis acaso que todo cuanto hay en nosotros nos lo ha dado el Señor?

¿Qué éramos nosotros hace muy poco tiempo? Nada, la pura nada; y de esa nada hizo que viniésemos a ser algo, y no árboles ni bestias, que con esto nos debíamos dar por muy agradecidos, pues mucho más vale sin comparación ser un vil gusano que ser pura nada, sino que hizo que fué-

mos seres racionales, que fuésemos los reyes de la creación. Y no se contentó su liberalidad infinita con darnos tantos bienes naturales. Quiso hacernos otros sin comparación más grandes y estupendos, cuales fueron elevarnos sobre nuestra naturaleza a la sublime dignidad de hijos suyos y declararnos por herederos de su gloria eterna. Hace muy poco tiempo estábamos en la nada, tan nada éramos como los infinitos hombres que Dios puede crear y jamás creará, y no acordándose de ellos y no dándoles a ellos la naturaleza humana, ni aun siquiera la de bestias, a nosotros nos elevó a la noble dignidad de hombres; y dándonos la gracia, nos hace superiores a las naturalezas angélicas y nos hace participantes de la divinidad.

¡Oh portentos de la divina misericordia para con nosotros! ¿Y podrá ser tan horrible nuestra ingratitud para con nuestro bienhechor, que lleguemos a envanecernos de los bienes que nos ha dado, cual si no fuesen de él, sino de nosotros mismos?

3. Ya podéis ver, pues, a(mada)s m(ías), por qué es tan abominable a Dios la soberbia y por qué le agrada tanto la humildad. Cuando el Señor nos hace bienes, no quiere otra paga sino que seamos reconocidos; el hombre reconoce que nada tiene propio, no se envanece con lo que le dieron prestado y sólo piensa en dar gracias y referir toda la gloria al que tanto bien le ha hecho. Por eso el Señor ama tanto a los humildes, por eso derrama sobre ellos sus gracias con tanto gusto. Los soberbios, por el contrario, son el objeto de la indignación divina, porque son ladrones y ladrones sacrílegos, pues se apropian los bienes que son del Señor. Son bienes del Señor y ellos los juzgan por suyos y desean ser honrados y engrandecidos por ellos. ¿No veís qué contentos se ponen cuando los alaban? ¿No veís qué tal se apropian a sí mismos las alabanzas y la gloria y no se cuidan de referirlo al Todopoderoso? Olvidados de que el Señor dijo: *A ninguno otro daré mi gloria*, ellos quieren

apropiársela, se ponen frente a frente a luchar contra el Eterno. ¡Infelices! ¡Ignoran que *es terrible caer en manos del Dios vivo!*

Seamos, pues, humildes, a(mada)s m(ía)s, seamos humildes. Entonces el Señor será nuestro amigo, entonces nos estará llenando continuamente de bienes celestiales, entonces él mismo cuidará de ensalzarnos, pues prometido nos tiene que *todo el que se humilla, ha de ser ensalzado.*

Una locura parece que el hombre se ensoberbezca. Porque, ¿qué hay en nosotros de que podamos envanecernos? ¿Hay bienes? Pues mientras más grandes sean, más debemos humillarnos; porque no son nuestros, sino prestados, y nos los pueden quitar; y porque con ser tan grandes, nosotros ni siquiera sabemos aprovecharnos de ellos. No podremos, pues, honrarnos sino de lo que es nuestro propio. ¿Y qué tenemos de nosotros mismos sino miseria y pecado? He aquí, pues, todas nuestras grandezas, he aquí lo único de que podemos gloriarnos: el estar llenos de miserias, el estar pecando siempre si no nos ayudase la mano del Señor. Y esto es cabalmente lo que nos hace ensoberbecernos, nuestra ceguedad que nos impide ver nuestra nada y nuestra malicia que nos impulsa como a Satanás a quitar la gloria del Señor.

4. Ya véis, pues, a(mada)s m(ía)s, en cuanta necesidad estamos de humillarnos, ya véis cuán justamente nos ha mandado el Señor que lo imitemos en esta virtud de un modo especial. El amor propio, a(mada)s m(ía)s, es la pasión más violenta que tenemos, es el que ha llenado el infierno, como dice San Agustín. Si queremos, pues, seguir a Jesús, si estamos verdaderamente resueltos a abnegarnos para poderlo seguir, esta es la primera cosa en que nos debemos negar a nosotros mismos, en el amor propio, en esa perversa inclinación a desear desordenadamente nuestro interés y, sobre todo, una honra vana, una loca excelencia sobre los demás. Desterrando de nosotros el amor propio y

procurando reconocer nuestra nada, desaparecerá al punto de nosotros la soberbia, porque ésta no tiene otro origen que la ignorancia y el amor desordenado de sí mismo.

De la ignorancia fácil cosa es librarnos, porque nada más fácil que reconocer nuestra nada y nuestra miseria; pero del amor propio, ¿cómo podremos librarnos? Tan entrañada está en nosotros esta terrible pasión, que siempre está retoñando de nuevo, sin poder jamás arrancarla de raíz. ¿Cómo podremos, pues, estar sosegados teniendo en nosotros tan terrible enemigo? Estemos, pues, siempre alerta y procuremos abatirlo sin descanso, porque él es el origen de todas nuestras desgracias. El nos inclina a buscar los gustos y comodidades, él nos inclina a buscar todo lo que halaga nuestras pasiones, él nos inclina, en fin, a buscar las grandezas y la gloria vana, cegándonos para que no podamos conocer nuestra miseria. No perdonemos, pues, sacrificio alguno a fin de abatir por completo a este perverso enemigo.

¿Y cómo creéis que podremos abatir el amor propio, padre de la soberbia, para que reine en nosotros la humildad? ¿Cómo lo podremos hacer sino humillándonos y sufriendo con paciencia los desprecios? Este es, a(mada)s m(ía)s, el único medio que tenemos, porque un contrario se cura con su contrario y el amor propio se cura con el aborrecimiento de sí mismo, y la soberbia y vanidad con la humillación.

Amemos, pues, a(mada)s m(ía)s, amemos las humillaciones, porque ellas son el medio seguro de adquirir la verdadera humildad, y sin ellas no podremos adquirirla, porque todas las virtudes se han de adquirir con sus actos. Amemos los desprecios, porque ellos son los que abaten el amor propio, porque ellos son los que nos hacen ser verdaderamente humildes de corazón. El que no ama los desprecios, está lleno del amor de sí mismo, no sabe siquiera qué cosa es humildad. ¿Qué diré, pues, de aquellos religiosos que no sólo no aman los desprecios, sino que ni siquiera los sufren

con paciencia? ¿Qué diré de ellos, sino que son la misma soberbia personificada, que son imágenes vivientes del mismo Satanás? ¿Qué diré de ellos, sino que no pueden ver delante de sus ojos la humildad?

Cuánto nos daña, a(mada)s m(ía)s, el amor propio, cuánto nos ciega esta vana pasión, pues hace que no veamos las inmensas utilidades que nos traen los desprecios. Combatamos, pues, a(mada)s m(ía)s, combatamos esta pasión y combatámosla no con solas palabras, sino con las humillaciones y desprecios, que ella tanto repugna y que tantos bienes nos acarrear. Aprovechémonos de todos los desprecios que se nos ofrezcan, como de la ocasión más feliz de toda nuestra vida, como de una visita que nos hace el Señor.

5. Si recibimos con alegría los desprecios, entonces sí que seremos mansos para con nuestros hermanos, entonces sí que tendremos al que nos desprecia como a nuestro mayor amigo. ¿Y no lo es en realidad? ¿Quién os parece sino que es nuestro mayor amigo, el que despreciando nuestra miseria nos la hace reconocer y nos hace humildes de corazón, o el que alabándonos nos llena de soberbia y nos arroja a los infiernos? Somos despreciables, porque no tenemos ningún bien de nosotros mismos, y somos mucho más despreciables por lo que nosotros tenemos, que es miseria y pecados. Y siendo tan despreciables, y no teniendo títulos sino para ser despreciados, ¿hemos de sentir tanto el que se nos desprecie? ¿Y qué diré de aquellos religiosos que no sólo no se alegran de ser despreciados, que no sólo no aman los desprecios, que no sólo no los sufren con paciencia, sino que ni aun siquiera son capaces de sufrir una palabra que no significa nada? ¿Qué son estos infelices, sino fantasmas vestidos de religiosos? ¿De qué les sirve el santo hábito, sino para hacerlos del todo inexcusables el día de juicio?

Este es, a(mada)s m(ía)s, el punto capital de la vida cristiana: la humildad, la divina humildad. El que es humilde, es una hermosa imagen de Jesús; el que no es humilde, el que está dominado de la soberbia, es la imagen del mismo Satanás. Amemos, pues, a(mada)s m(ía)s, amemos los desprecios con toda nuestra alma. Ellos nos harán ser imágenes de Jesucristo; ellos nos harán ser verdaderamente mansos y humildes de corazón; ellos harán, en fin, que encontremos descanso para nuestras almas. Hallarán, sí, en los desprecios nuestras almas el descanso y paz que tanto necesitan; porque, ¿qué guerra, qué inquietud puede haber en un alma verdaderamente humilde?

Trabajemos, pues, sin descanso por adquirir esta preciosa virtud de la humildad, porque sin ella somos demonios, y con ella somos otro Jesús, somos verdaderos y amados hijos de Dios.—AMÉN.

5.^a PLATICA

Obediencia

"Factus est obediens usque ad mortem" (Filip. 2, 8).

Se hizo obediente hasta la muerte.

Fundados y arraigados en la humildad, tengamos paz recíproca. Así me parece que debo empezar hoy a hablaros, porque en vista de lo que ayer os dije, estoy persuadido de que ya estáis sólidamente fundadas en la humildad. Estoy, sí, a(mada)s m(ía)s, estoy firmemente persuadido de que, imitando a Jesús en ser mansas y humildes, habéis hallado descanso para vuestras almas. No falta, pues, más que una sola cosa para que entre vosotras establezca perfectísimamente su reinado el Príncipe de la Paz, y ésta no es otra sino que guardéis enteramente una paz recíproca.

Esta paz no puede existir sin un orden perfecto entre las personas, ni este orden se consigue sino con la obediencia. La obediencia, pues, es la verdadera fuente de la paz exterior, así como la humildad lo es de la interior. He aquí la razón por la cual quiero hablar de la obediencia en este día. Os haré ver, pues, en primer lugar, las excelencias de esta virtud, y enseguida os mostraré la manera con que hemos de practicarla.

Mas, antes de empezar, debo procurar atender a vuestro consuelo; porque ayer, a(mada)s m(ía)s, os dejé aterra-
das en vista de los horribles estragos que en nosotros causa el amor propio. Imposible de realizar os parecerá lo que ayer os propuse; mas yo no hablé para haceros desmayar,

sino para que, haciendo fuerza de nuestra flaqueza, procuremos humillarnos tanto más cuanto mejor reconocemos que no podemos nada.

No desmayemos, pues, en vista de nuestra miseria; antes, por el contrario, firmemente persuadidos de lo muy grande que es, aumentemos nuestra confianza, porque no es en nosotros en quienes esperamos, sino en aquel Señor que es Todopoderoso. Arrojad, pues, en sus paternales brazos, esclamemos con el Apóstol llenos de confianza: *Todo lo puedo en aquel que me conforta*. Todo lo podemos, sí, con la gracia divina y, aunque somos por nuestra naturaleza miserables, esta gracia nos hará, sin duda alguna, ser omnipotentes, si estamos del todo unidos con nuestro Señor. La unión, pues, es lo que debemos buscar, y sólo el complacerle debe ser el objeto de nuestros deseos.

1. Le hemos sacrificado nuestro ser al empezar a negarnos a nosotros mismos; pero había en nosotros dos cosas muy principales cuyo sacrificio lo debíamos hacer de un modo especial para llenarlo de gozo y complacencia. Con la santa humildad le hemos sacrificado ayer la primera, que era el deseo de nuestra reputación; la segunda, que es la libertad, se la vamos a ofrecer en este día. Mas antes debemos saber cuál es el valor de este don que ofrecemos.

La libertad, a(mada)s m(ía)s, es una prenda preciosísima; ya los antiguos repetían acerca de ella este hermoso proverbio: *No se puede pagar la libertad con todo el oro del mundo*. Y esto lo repetimos nosotros y con suma razón, porque no hay ningún hombre cuerdo que pueda despojarse de la libertad por ningún objeto creado; y con ser tan estimable, está tan lejos de ser mala, que de las mismas manos divinas la hemos recibido. He aquí la razón por que muchas almas piadosas, a pesar de vivir unidas íntimamente a Dios, no han querido, sin embargo, despojarse de su libertad.

Mas nosotros, que hemos sido llamados para ser hijos predilectos del Señor, ¿podremos poner tasa en hacerle obsequios? ¿Podremos dejar de hacerle de nuestra libertad un grato holocausto? ¿Y cómo se la ofreceremos sino con la obediencia?

La obediencia, a(mada)s m(ía)s, es el altar sagrado en que ofrecemos a Dios el precioso sacrificio de nuestra libertad. Y esta sola prerrogativa de la obediencia la eleva a una dignidad tan alta, que no nos es dado poder concebirla, porque con la obediencia no sacrificamos a Dios una cualquiera de nuestras facultades, sino que le sacrificamos la primera, la más noble y la que, por lo mismo, las incluye a todas. Este sacrificio es tanto más agradable a Dios, cuanto que le ofrecemos una cosa, de la cual no tenemos necesidad de despojarnos, porque es buena y sagrada y la que ennoblece nuestro ser más que ninguna otra. Jesús, que es el modelo que debemos estar siempre imitando, se hizo obediente hasta la muerte; ¿cuál debe ser, pues, nuestra obediencia?

2. Esta virtud, a(mada)s m(ía)s, es la que más debemos cuidar de practicar los religiosos, porque ella es la más propia de nuestro estado, porque ella es con la que mejor podemos corresponder a los beneficios infinitos que el Señor nos ha hecho. El Señor se ha entregado enteramente a nosotros, todos los tesoros celestiales los ha querido depositar en nuestras almas, y no hay bien ninguno con que no nos haya enriquecido. Nosotros podemos decir con la esposa de los Cantares: *Mi amado es para mí*; y debemos también añadir con ella: *Y yo para mi amado*.

Pues esto, a(mada)s m(ía)s, lo verificamos al sacrificarle con la obediencia nuestra libertad, pues con ésta no ofrecemos al Señor una cosa sola, sino que se las ofrecemos todas juntas, puesto que en ella todas van incluidas. He aquí la razón por qué no expresamos en nuestra Orden, al hacer la profesión, los dos votos de *pobreza* y *castidad*, sino sólo

el de *obediencia*; porque, prometiendo obedecer, prometemos al mismo tiempo guardar los otros dos; porque prometiendo a Dios obediencia en todo cuanto se nos mande, se lo prometemos todo y eneramente nos sacrificamos a su beneplácito.

De aquí podéis colegir otra de las grandes excelencias que tiene la obediencia, cual es elevar las obras más insignificantes a un mérito tan extraordinario, que supera sin comparación a las obras que al mundo parecen más gloriosas. El barrer la celda, el hacer la cama, el estar en la misma recreación, hecho por obediencia se reviste de un mérito tan extraordinario que quizá supere al de aquel que, siguiendo el impulso de su libertad, obrase la conversión de todo el mundo. Por eso decía Samuel a Saúl que *la obediencia vale más que el sacrificio*; por eso decía también el Espíritu Santo: *El varón obediente cantará victoria*. ¿Y cómo podrá menos de estarla cantando siempre el que con la obra más insignificante conquista los cielos? Victoria cantará, sin duda alguna, porque, obedeciendo, vence en cada instante a Satanás que arrojó del Paraíso a nuestros primeros padres por la desobediencia. Victoria cantará porque no podrá sufrir la fatal y eterna derrota el que, obedeciendo, sacrifica su libertad, pues como dice un gran santo: *Que se quite la voluntad propia y ya no habrá infierno*.

¡Tan portentosas son, a(mada)s m(ía)s las excelencias de esta virtud, y tanta la altura a que eleva todas nuestras obras! Y en vista de su excelencias, ¿podréis menos de sentirnos fuertemente movidas a practicarla? Siendo esto la única cosa de que hemos hecho expresamente voto al Señor, ¿podremos menos de practicarlo con toda la perfección que nos sea posible?

3. No digamos que la obediencia es una cosa pesada, porque no lo es ni con mucho tanto como la humildad; antes bien, una de las ventajas que trae la obediencia es

que lleguemos a ser humildes sin que lo sintamos, porque seguir el parecer de otro, eso no cuesta de ordinario mucha pena; y acostumbrándonos a seguirlo, nos acostumbramos a tenernos por inferiores a los demás, nos acostumbramos sin sentirlo a ser humildes de corazón.

Siéndonos, pues, tan provechosa la obediencia, siéndonos tan fácil el practicarla y siendo, por otra parte, el medio que tenemos más a propósito para mostrarnos agradecidos y corresponder dignamente a los infinitos beneficios que nos ha hecho el Señor, ¿podremos menos de dedicarnos a ella con todas nuestras fuerzas?; ¿podremos menos de proponerla como guía de todas nuestras acciones, como norte del cual no debemos apartar jamás nuestros ojos?

La obediencia, a(mada)s m(ía)s, es el camino recto de la gloria; el que obedece con sencillez no debe temer peligro ninguno, porque subirá a lo más alto del cielo sin el menor obstáculo. El sabe que, al oír la voz de los superiores, oye la de Jesucristo; ¿qué podrá temer, pues, con tal guía y tal maestro? No nos importe que esté mal mandado lo que se nos mande; el superior dará cuenta de eso; a nosotros bástanos saber que, oyendo su voz, oímos la de Jesucristo, siempre que no sea pecado lo que se nos ordena.

¡Qué vida tan feliz la del religioso! Mientras los seglares andan muy acongojados sin poder saber cuál es la voluntad del Señor, y mientras en obras muy excelentes se quedan a veces sin mérito alguno, por no haber seguido la voluntad divina, nosotros sin pensar en ellas estamos seguros de cumplirla en todas nuestras obras, solo con hacer sencillamente lo que se nos manda. ¡Cuánto nos debe esforzar esto a obedecer con toda diligencia!

No obedezcamos, pues, murmurando ni con repugnancia, porque eso no es seguir la voz de Jesús, como la voz dulce de un padre cariñoso, sino como la voz terrible de un tirano cruel. Obedezcamos sin pereza y con gran esmero y cuidado, porque está escrito: *Maldito el hombre que hace negligentemente la obra de Dios.*

En la vida religiosa el alma es la obediencia, y ella es la virtud que nos eleva tanto sobre los seglares. La obediencia es, pues, la virtud que más debemos amar, y cualquier objeto que esté sellado con la obediencia debe llevar tras sí nuestros ojos y nuestro corazón. Nuestra *Regla*, pues, y nuestras *Constituciones* son el claro espejo en que nos debemos estar siempre mirando; en ellas veremos la manera con que debemos componer nuestra vida para que captive y lleve tras sí los divinos ojos. De poco o nada nos servirá leer muchos libros espirituales, si lo que leemos, por más que sea santo en sí mismo, no está conforme con nuestras sagradas leyes; éstas son las que más debemos leer y releer, éstas son las que debemos meditar de continuo, porque lo que oímos en ellas no son los consejos de un santo, sino la voz de Santo Domingo, nuestro Padre y Prelado principal y, por consiguiente, la voz del Señor. Al oír en una sola palabra la voz del Señor y la de Sto. Domingo, esas dos voces tan dulces y tan consoladoras para nosotros, ¿podrán menos de derretirse todas nuestras entrañas de amor y de consuelo? ¿Podrán menos de sentir nuestros corazones un deseo vehementísimo de ponerlas por obra con la mayor diligencia?

Mas no nos contentemos con solos deseos que, por más que sean muy santos, serán cosa vana si no se realizan. Realicémoslos, pues. Demos a Dios y a nuestro Padre ese gran placer de que vean que cumplimos fielmente lo que su voz amorosa nos está encomendando.

4. Si viésemos a nuestro Padre hablando con nosotros, ¿con qué gusto ejecutaríamos todo cuanto nos mandase? Pues, h(ermana)s m(ía)s, si somos buenos hijos, cumpliremos sin duda con mucho mayor gusto lo que nos ha mandado por nuestras *Constituciones*, porque a ningún hijo ningún precepto de su padre le impresiona tanto, ni le es tan dulce de cumplir, como aquellos que le dejó por testa-

mento, como aquellos que son expresión de su voluntad postrimera.

Pues bien, ¿cuál es la última voluntad de nuestro Padre, cuál es el testamento que nos ha dejado sino nuestras *Constituciones*? ¿Con qué amor y cariño las debemos mirar pues? ¿Qué cosa podrá haber más dulce para nosotros que estarlas cumpliendo? ¿Qué cosa podrá haber en ellas, por mínima que sea, que no tengamos en sumo respeto y veneración? ¿Qué espíritu de hijos tienen, pues, aquellos falsos religiosos que miran con la mayor indiferencia nuestras santas leyes y hasta no tienen reparo ninguno en quebrantar muchas de ellas? ¿Cómo podrán decir descaradamente: no obligan a pecado las *Constituciones*, para qué me he de cansar en cumplirlas? ¡Infelices! Si no obliga a pecado en particular, ¿no estamos obligados a conseguir el fin del estado religioso?; ¿no estamos obligados a caminar continuamente a la perfección? ¿Y cómo podremos conseguir el fin de nuestro estado, cómo podremos caminar a la perfección los religiosos dominicos, sino guardando las leyes que dio Sto. Domingo?

No tenemos otro camino para llegar al cielo, porque no podemos ir a él sino por donde nos ha enseñado Jesús; y lo que Jesús nos enseñó fue que lo oye a él mismo *el que oye a su superior*, y que *el que a éste desprecia, lo desprecia a él también*. Pues el que no solo no quiere oír la voz de sus preladados inferiores, sino que tampoco quiere oír la de su prelado principal Santo Domingo, ¿qué podremos decir de él, sino que desprecia descaradamente la voz de Jesús? ¿Qué podremos decir de él, sino que anda extraviado por los caminos de la perdición? Si queremos, pues, a(ma)da)s m(ía)s, cumplir el fin de nuestro estado, si queremos llenar de alegría a nuestro buen Dios y a Sto. Domingo, seamos observantísimos en todo cuanto mandan nuestras sagradas leyes. Y no nos contentemos con las cosas más principales; eso bastaría para una persona del siglo, mas no

para un religioso; para nosotros todo es muy principal, porque todo es voz de nuestro Padre, todo es voz del Señor.

5. Y no nos basta cumplir exactamente lo que mandan nuestras *Constituciones*; para ser obedientes es necesario también cumplir del mismo modo todo cuanto ordenan nuestros superiores. Ellos están puestos en lugar del Señor para dirigirnos, ellos tendrán que darle cuenta muy estrecha de todo cuanto nos manden; pero nosotros la debemos dar también muy rigurosa de la manera con que obedecemos.

Por tanto, a(mada)s m(ía)s, cualquiera que sea la superiora que os mande, no atendáis a quién es la que manda, sino a que os está mandando en el nombre del Señor. Por lo tanto, obedecedla sin réplica ninguna, no atendáis a si está bien o mal mandado, porque de eso ella dará cuenta; vosotras sólo tenéis que darla de la puntualidad con que habéis abedecido.

No os canséis nunca de obedecer pareciéndoos que a vosotras se os molesta más que a las compañeras. ¿Qué nos importa a nosotros lo que se hace con los demás? A nosotros bástanos saber que no se nos hace ningún agravio, que aunque mandasen cosas mucho más difíciles, estaríamos obligados a obedecer en silencio, pues hemos prometido obediencia hasta la muerte.

Seamos, pues, dóciles y sumisos a todo cuanto ordenan nuestras leyes y nuestros superiores; no haya en nosotros tardanza ni réplicas; pensemos seriamente que aquello que oímos es la voz del Señor y procuremos seguirla con toda diligencia. Si lo hacemos así, recibiremos los tesoros de bienes celestiales que están preparados para los obedientes; haremos que todas nuestras acciones, hasta las más mínimas, se revistan de un mérito infinito; caminaremos al Señor con pasos agigantados; no tendremos por qué temer el infierno; estaremos, en fin, toda nuestra vida cantando victorias con que conquistaremos el reino celestial.—AMÉN.

6.^a PLATICA

Presencia de Dios

"Ambula coram me, et esto perfectus" (Gén. 17, 1).

Anda en mi presencia y sé perfecto.

Habéis buscado con diligencia al Señor y ya tuvisteis la dicha de encontrarlo. Ahora, extasiadas de amor y llenas de alegría, podréis exclamar con la esposa de los Cantares: *Hallé al amado de mi alma, lo abracé y no lo he de soltar.* Habéis procurado seguir al Señor y no pudiendo seguirle sin negaros por completo a vosotras mismas, ya os habéis abnegado enteramente, le habéis sacrificado con heroísmo lo más amable y precioso que en vosotros había, y el Señor siempre agradecido también se os ha entregado a vosotras por completo.

Ahora, pues, sí que podéis decir con toda verdad: *Mi amado es para mí y yo para mi amado.* No os falta ya más para ser perfectas que no apartar vuestra voluntad de la voluntad divina, ni vuestros pasos de los de Jesús; no os falta ya otra cosa para ser perfectas que andar siempre en la presencia de Dios, no apartando jamás de él ni vuestro corazón ni vuestros ojos.

Pues de esta presencia de Dios, que tanto os perfecciona, es de lo que quiero hablaros en este día, mostrándoos los grandes bienes que en nosotros causa y los medios que hemos de emplear para conseguirla.

Anda en mi presencia y sé perfecto, dijo el Señor a Abraham; y andemos en la presencia de Dios y seremos

perfectos, debo ahora repetiros, porque ninguna cosa hay como la presencia de Dios para no volver atrás en el camino empezado y para caminar alegres y animosos hasta la cumbre de la perfección. Suele decirse vulgarmente que según son aquellos con quienes andamos, así somos nosotros; y este proverbio incluye una verdad muy sólida y profunda. Andemos con los hombres, y seremos hombres; tratemos siempre con ángeles, y seremos ángeles; y andemos siempre en la presencia de Dios, y seremos perfectos como nuestro Padre Celestial.

Mas, antes de pasar adelante, quiero que entendáis perfectamente qué cosa es la presencia de Dios. Esta presencia se puede tomar de dos maneras: de parte de Dios, y de nuestra parte. No la tomamos aquí de parte de Dios, porque El siempre está íntimamente presente, no sólo a nosotros, sino a todas las cosas. La tomamos de la segunda manera, es decir, en cuanto nosotros sentimos que está presente el Señor.

Tomada de esta manera, al deciros que andéis en la presencia de Dios, quiero decir con eso que, con vuestro entendimiento le consideréis presente, que procuréis representároslo con la imaginación, que vuestra memoria se esté ocupando siempre en sus muchos beneficios, y que vuestra voluntad le ofrezca sin descanso el más vivo y dulce amor, exhalando hacia él en cada momento desde lo íntimo de vuestros corazones los más tiernos y profundos suspiros. Esto es, a(mada)s m(ía)s, la presencia de Dios, éste es aquel ejercicio tan excelente que os elevará a la perfección más alta sin duda ninguna.

1. Mas este ejercicio, dicen algunos, es noble sí, pero muy pesado. No creo, a(mada)s m(ía)s, que vosotras seáis de esta opinión, antes me parece que con profundo convencimiento estaréis diciendo: la presencia de Dios, a la vez que es el ejercicio más noble, es también el más alegre y más dulce en que pueden los hombres ocuparse.

Tan clara es esta verdad, que parece imposible se pueda poner en ella la más mínima duda. Que este sea el ejercicio más noble, es evidente; porque el hombre que tiene todas sus potencias embebidas en Dios, porque el hombre que está en la unión más íntima con el ser infinito, no puede menos de ser perfecto como el Padre Celestial.

Ahora, pues, consistiendo en la perfecta unión con Dios la bienaventuranza, ¿no seremos tanto más felices y dichosos cuanto más íntimamente nos unamos con él? ¿No llevaremos una vida tanto más dulce y más tranquila cuanto más separados estemos del bullicio e inquietud que agita a los hombres y cuanto más unidos nos veamos al que es fuente y principio de todo bien, de toda felicidad, de toda alegría? ¿Cómo podremos menos de entonar desde este seguro asilo aquel hermoso cántico del Real Profeta: *El Señor es quien me ilumina y él es mi salud, ¿a quién temeré? El Señor es el protector de mi vida, ¿de qué podré temblar?... A ti habló mi corazón, mis ojos andaban diligentes en busca de ti; buscaré, Señor, tu presencia... Creo que tengo de ver los bienes infinitos del Señor en la tierra feliz de los vivientes.*

Tal es, a(mada)s h(ermana)s, la alegría y el consuelo que inspira la presencia del Señor, tal es la confianza que en ella experimentamos de no apartarnos de nuestro bien por una eternidad. Y en vista de los infinitos bienes que trae consigo la presencia de Dios, y en vista de la alta perfección a que tan suavemente, y hasta sin sentirlo, nos eleva, ¿qué podré decir de este ejercicio, sino que nos dediquemos continuamente a él como medio el más a propósito para hallar el descanso de nuestras almas? ¿Qué podré decir de él, sino que el que lo practique de continuo, en esta vida será ya bienaventurado, y en la otra ocupará aquellos sublimes tronos que están dispuestos para los amigos más íntimos de Dios? Dedicuémonos, pues, a esta celestial práctica y no desistamos de ella jamás.

2. Y para que no halléis en ella dificultad alguna, debo ahora advertiros que para este ejercicio no es necesaria la imaginación, antes suele causar muchísimo más daño que provecho, porque por una parte la imaginación nos acostumbra a formar de Dios imagen corporal, cual si él fuese cuerpo y no espíritu puro; y esto, a(mada)s, ocasiona gravísimos errores en las personas que no están en el caso de tener una idea clara y distinta de lo que es el cuerpo y de lo que es el espíritu; y por otra parte, el querer imaginar a Dios presente nos fatigaría tanto la cabeza que la llegaríamos a perder, o por lo menos nos haría tan pesado este ejercicio que desistiríamos de él al momento, perdiendo así desgraciadamente los infinitos bienes que nos proporciona.

Dios es espíritu y, por lo tanto, con las dos potencias espirituales que tenemos, entendimiento y voluntad, es con las que debemos estar en su presencia. Con el entendimiento, considerando que Dios es infinito y que en todas las cosas se halla presente, y de un modo muy principal en las almas que están en gracia, porque son templos del Espíritu Santo; con la voluntad, dirigiéndole afectos tiernos y amorosos.

Y esto, a(mada)s m(ía)s, no se debe hacer con inquietud y esfuerzos, sino con dulzura y suma tranquilidad. Considerémoslo en lo íntimo de nuestros corazones; y, sin hacer esfuerzos para imaginarlo, conversemos dulcemente con él lo mismo que si lo viéramos. En esto, ¿qué dificultad podremos encontrar?; y sin embargo son infinitos los bienes que con ello adquirimos.

¿Qué pretexto podemos alegar, pues, para no ejercitarnos de este modo en la presencia de Dios? Trabajo, no cuesta ninguno; antes es el ejercicio de mayor entretenimiento, porque si tan dulce nos es tratar con los amigos, ¿qué dulzura no hallaremos en conversar tan íntima y familiarmente con el amigo más amante y más fiel, con el que derramó su sangre por nosotros? Entremos, pues, en la sala de nuestros corazones a conversar con él y no nos separemos

de allí por una eternidad. Manifestémosle nuestro interior y todos nuestros secretos, pidámosle consejo en todas nuestras resoluciones, pidámosle luz en nuestras dudas, consuelo en nuestra tristeza, socorro en nuestras necesidades, y no temamos descubrirle todas nuestras llagas, pues sabe que las tenemos y no desea otra cosa sino que se las descubramos para curarnos de ellas.

De este modo, a(mada)s m(ías), es como debemos andar en la presencia de Dios. Si lo hiciéramos así, ¡qué felices seríamos!, ¡qué gozo daríamos al Señor y qué multitud de bienes enriquecería nuestras almas! ¿Sería posible que no estuviésemos ya en lo más encumbrado de la perfección? ¿Qué falta y qué pecados podríamos cometer teniendo siempre presente a nuestros ojos al Señor? ¿Cómo podríamos menos de cumplir en todo la voluntad divina, cómo podríamos menos de estar abrasados en el divino amor, estando haciendo continuamente actos de caridad? ¿Cómo no practicamos, pues, esta virtud tan provechosa y tan fácil? ¿Será posible que de aquí en adelante no estemos siempre ocupados en ella? ¿Será posible que echemos al olvido los infinitos bienes que nos causa?

Esta virtud, a(mada)s m(ía)s, es el compendio de todas las virtudes, en ella está la suma de todo nuestro bien. Si sacáis, pues, de estos *Ejercicios* esta sola virtud, lograréis ya ser santas; pero si no la sacáis, será poco menos que tiempo perdido; conservaréis un poco de fervor unos cuantos días, [pero] viene en seguida el trato con las criaturas y todo lo lleva el viento.

Si puede, pues, algo en vosotras mi débil palabra, si queréis corresponder al vivo interés que me tomo, aunque indigno, por haceros aprovechar, oid esta sola vez con docilidad mis consejos y guardadlos para siempre en el fondo de vuestros corazones, porque es el único recuerdo que quiero y os suplico que conservéis de estos mis *Ejercicios*. Este mi consejo es que andéis siempre en la presencia de Dios, y pasaréis una vida alegre y feliz, y subiréis a la per-

fección más encumbrada. No lo olvidéis os pido, h(ermana)s m(ía)s; que de él solo depende vuestra felicidad. Es uno solo, y es muy fácil; y si lo guardáis, os basta para ser santas; mas si no lo guardáis, creedme que jamás podréis salir de una fatal tibieza. Y para que le guardéis con toda exactitud, quiero enseñaros el modo con que podréis guardarlo con suma facilidad.

3. Debemos, en primer lugar, suplicar con frecuencia al Señor que renueve con su espíritu la faz de nuestra tierra; y debemos procurar también renovarlo nosotros con fervorosos y tiernos suspiros y con ardientes *jaculatorias*, que tan prodigiosamente avivan el fuego del amor. Nada más fácil que hacer estas jaculatorias, pues, siendo sumamente breves, en cualquier lugar y en cualquier ocupación se pueden hacer; y, sin embargo, nada más provechoso que ellas, pues por lo mismo que son breves, se pueden con suma frecuencia repetir y las podemos hacer sin distracción ninguna y enteramente abrasados en llamas de amor. Con estos ardientes suspiros, con estas breves oraciones, que tanto alaban los santos, es con lo que debemos avivar en nosotros la presencia de Dios.

Nada más fácil que andar siempre de este modo en la presencia divina; bástanos de ordinario pensar suavemente en el Señor, y tener para con él un dulce y tierno afecto en nuestra voluntad, sin andar fatigándonos, y dirigirle de cuando en cuando un dulce suspiro, una ardiente jaculatoria, que aviven en nosotros el divino amor. De este modo cumplimos aquel consejo que nos dio Jesucristo: *Conviene orar siempre y nunca desfallecer*. De este modo estamos siempre aumentando la caridad; de este modo estamos siempre amando al Señor, que es la obra más sublime y más meritoria que podemos hacer.

4. Otra de las cosas más a propósito para conseguir una presencia continua de Dios es el *silencio*. Esta virtud tan

recomendada en las Sagradas Escrituras, tan alabada de los santos y tan practicada por los buenos religiosos, y tan principal en nuestras sagradas leyes, es una de las que más debemos amar los dominicos, es casi en la que más debemos ejercitarnos, si queremos andar siempre en la presencia de Dios.

Hablar mucho, y hablar siempre con Dios es imposible. Si queremos, pues, hablar con Dios siempre, dejemos de hablar con el mundo, guardemos silencio. Es imposible que en pocas palabras pueda yo tejer las alabanzas de esta virtud, cuando son infinitos los bienes que nos alcanza. El apóstol Santiago nos dice: *Si alguno no ofende con las palabras, este es un varón perfecto*. Y muy al contrario, escribe el santo apóstol de los que hablan mucho, diciendo de ellos: *Si alguno piensa que es religioso no refrenando su lengua, sino engañándose a sí mismo, su religión es vana*.

En virtud de estas palabras del apóstol Santiago, y de otras muchas de que están llenas las Escrituras santas, ¿cómo no procuramos ser exactísimos en la guarda de la lengua, viendo que si la guardamos seremos perfectos, y que si no la guardamos es enteramente vana nuestra religión? Seamos, pues, exactísimos en guardar el silencio.

Ya véis cuánto la recomiendan nuestras *Constituciones*. No hablemos, pues, jamás en lugares y tiempos en que nos esté prohibido; porque además del daño que nos hacemos faltando a nuestras leyes, nos lo hacemos quizá mayor en faltar a la virtud del silencio que nos es tan necesaria. Seamos, pues, exactos en no faltar a él cuando nos está prohibido; y cuando nos es lícito hablar, no olvidemos aquel hermoso consejo que da San Bernardo: *Llevemos dos veces a la lima, lo que hemos de llevar una vez a la lengua*. De este modo no faltamos nunca a la virtud del silencio, guardamos siempre nuestra lengua y por lo mismo guardaremos nuestra alma, como dice el Espíritu Santo. De este modo seremos dignos hijos de Sto. Domingo, que no hablaba sino con Dios o de Dios. De este modo no marchará nuestra alma

por la lengua, y podremos estar siempre en la presencia divina.

5. Otra cosa de las muy necesarias para andar siempre en la presencia de Dios es la *modestia* y *recogimiento*. El alma que anda derramada exteriormente, el alma que anda distraída y buscando el consuelo de las criaturas, bien se conoce que allá en el corazón no busca a su Amado, bien se conoce que ha olvidado por completo la presencia de Dios.

Procuremos, pues, ser modestos y recogidos, procuremos no buscar el consuelo de las criaturas, y entonces gozaremos la dulce conversación de nuestro Dios amado. No hablemos, pues, sino con Dios o de Dios, como hacía nuestro Padre, y esto nos hará verdaderos religiosos, y esto nos hará verdaderos siervos del Señor, y esto nos hará andar siempre en su divina presencia. Esto es, a(mada)s, lo que debemos buscar siempre. En esto es en lo que nos debemos ocupar de continuo si queremos ser santos.

Ya véis los infinitos bienes que nos trae la presencia de Dios. Al que la practica, le es imposible pecar; al que la practica, exactamente, no le falta ya nada para subir a lo más alto de la perfección. Mas el que no la practica con toda exactitud, es imposible que no esté sumergido en una espantosa tibieza.

Vuelvo, pues, a repetiros, a(mada)s m(ía)s, por qué quiero que la conservéis exteriormente, vuelvo a deciros que si algo puede en vosotros mi humilde palabra, que si queréis corresponder al gran interés que me tomo por vuestro aprovechamiento, guardéis este consejo para siempre en el fondo de vuestros corazones. Andad en la presencia de Dios, y seréis perfectas, y ganaréis con una vida alegre y feliz los tronos más encubrados de la gloria.—AMÉN.

7.ª PLATICA

Vida perfecta

"Sive manducatis, sive bibitis, sive aliud quid facitis: omnia in gloriam Dei facite" (1 Cor. 10, 31).

Ora comáis, ora bebáis, ora hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios.

En los días anteriores os traté de los medios de conseguir la perfección. Os hablé de los más esenciales, cuales son: abnegación, humildad, obediencia y presencia de Dios; los cuales, bien practicados, os llevarán, sin duda alguna, a la perfección más alta. Ya es, pues, tiempo de tratar de la perfección misma.

Se dice que una cosa es perfecta cuando consigue cumplidamente el fin a que está destinada. Ahora, pues, el fin de nuestra vida es servir al Señor, es cumplir en todo la voluntad divina; entonces, pues, seremos perfectos, cuando sirvamos al Señor perfectamente, cuando cumplamos en todo la divina voluntad. Esta voluntad soberana debe ser la regla de todas nuestras acciones; todo lo que esté en conformidad con ella es santo y perfecto, y todo lo que de ella se apartare será pecaminoso.

Si queremos, pues, obrar con perfección, debemos tener puestos los ojos en la voluntad divina para no apartarnos de ella lo más mínimo. ¿Y cómo os parece que podremos saber la voluntad divina? ¿Creéis que no la podremos saber sin que el Señor nos la esté revelando siempre? No, a(ma)da(s) m(ía)s, ya nos lo ha manifestado bastante bien con la

ley natural que grabó en nuestros corazones, y nos la acabó de manifestar cumplidamente por las santas Escrituras, y sobre todo por su divino Hijo, que vino al mundo para ser nuestro Maestro.

Haciendo, pues, lo que parece recto a nuestras conciencias, haciendo lo que nos enseñan los libros sagrados, podremos estar seguros de que hacemos cumplidamente la voluntad del Señor. Pues bien, a(ma)s m(ía)s, tanto la ley natural como las Sagradas Escrituras nos enseñan que nuestra perfección consiste en estar adornados de todas las virtudes, porque ellas perfeccionan nuestra naturaleza ordenándola al bien. El que tenga, pues, y practique todas las virtudes, está enteramente ordenado según la divina voluntad, es un hombre perfecto; y aquel a quien le falta una virtud, no puede estar ordenado enteramente, es imperfecto pues. Y aunque lo esencial de la perfección consiste en la caridad, porque ésta es la que por sí sola nos une con Dios, sin embargo, para ser del todo perfectos necesitamos tener habitualmente todas las virtudes, para que así todas nuestras potencias estén ordenadas al bien y todos nuestros actos sean actos de virtud, obrando siempre en conformidad con la voluntad divina.

1. Pero aunque necesitamos tener todas las virtudes y estar dispuestas a obrar siempre según ellas cuando se ofrezca la ocasión, no necesitamos practicarlas exteriormente todas, porque esto no es posible; bástanos el ejercicio interior que de ellas hacemos al desear sinceramente practicarlas. No necesitamos, pues, practicar sino aquellas que nos son necesarias para cumplir con nuestros deberes.

Ya véis, por consiguiente, que las virtudes en que más nos debemos ejercitar los religiosos son las que están señaladas en nuestras sagradas leyes, son las que nos encargan nuestros superiores. No tenemos, pues, necesidad para ser perfectos de practicar esas obras extraordinarias que tanto fascinan a muchas almas sencillas, pareciéndolas que aquello

sólo es ser santos y que lo demás es tiempo perdido. Este es, a(mada)s m(ía)s, uno de los mayores engaños del demonio, que nos inspira muchas veces hacer cosas muy superiores a nuestras fuerzas para que, en vista de la dificultad, perdamos enteramente el ánimo y nos apartemos del camino de la perfección; es engaño del demonio, porque lo que pretende con esto es que dejemos de observar nuestras santas leyes, que son el único medio para cumplir la divina voluntad y santificarnos.

Para el cielo, h(ermana)s m(ía)s, se va por muchos caminos, mas no nos es lícito marchar por todos ellos, sino por aquel que nos señale el Señor. ¿Y cuál es el camino que nos ha señalado sino el de nuestras *Constituciones*? Por éste, pues, es por donde nos debemos esforzar a caminar. Por él tanta multitud de religiosos de nuestra Orden subieron a tan encumbrada perfección, y por él podemos también santificarnos nosotros. Demos, pues, infinitas gracias al Señor, porque tan claramente está mostrándonos su santa voluntad por medio de nuestras leyes y de nuestros superiores, y porque nos ha mostrado un camino tan maravilloso, por el cual podemos subir a la santidad más encumbrada sin hallar apenas trabajo ni impedimento alguno. No tenemos necesidad de surcar los mares, ni de andar toda la tierra para poder hallar en los países remotos el reino de los cielos.

2. El Señor lo ha querido poner dentro de nosotros mismos. *El reino de Dios* —dice Jesucristo— *está dentro de vosotros*. Palabras dulces y consoladoras, que no pueden menos de llenarnos de amor y agradecimiento al que tantos bienes nos está dispensando.

Dentro de nosotros está el reino de Dios, y nosotros somos los vasallos dichosos de este divino reino, siempre que obedezcamos fielmente a cuanto el Señor por nuestras leyes y por nuestros superiores nos está mandando. ¡Cuánta dicha la nuestra!, ¡cuán felices somos! Con estar devo-

tamente en el coro en el tiempo señalado cantando con los ángeles alabanzas al Señor; con conversar íntimamente con su divina Majestad por medio de las dulces devociones que los superiores nos mandan; con hacer sumisamente y por amor a Dios el pequeño y fácil trabajo que se nos encomienda; con hacer esas penitencias insignificantes, que bien consideradas tienen más de medicina del cuerpo que de mortificación; con hacer, en fin, los actos necesarios para la vida, como el comer, dormir y descansar; con hacer, digo, estas cosas solas, tan fáciles y tan sencillas, haciéndolo todo con una intención recta, ha querido el Señor que pudiésemos subir a lo más alto de la santidad.

¿Queréis, pues, ser santas? Pues haced bien las mismas cosas que hacéis, y no necesitáis ya más. No es el número de obras, sino la perfección con que se hacen, lo que nos santifica. Esta perfección, pues, es la que debemos buscar en todas nuestras obras, porque si ellas son perfectas, con solas las que hacemos seremos grandes santos, sin duda ninguna; y si no lo son, poco nos importa que las aumentemos, porque no aumentamos sino irreverencias.

2. ¿Y cuándo os parece que serán perfectas nuestras obras? ¿Creéis acaso que cuando merecen aplausos, que cuando todos se deshacen en alabanzas de ellas? Pues sucede todo lo contrario, h(ermana)s m(ía)s. Cuantas obras os aplaudan, las podéis tener por muy sospechosas; y de ninguna obra debéis estar más seguras, que de aquella en que habéis puesto mucho esmero para que saliese bien, y a pesar de esto es ignorada de todos.

La vanidad, esa perversa inclinación de nuestra naturaleza a desear alabanzas por todo cuanto hacemos, es el vicio que más daña a nuestras obras y el que más las impide que sean perfectas. Y a veces no sólo impide la perfección de las cosas que hacemos, sino que nos hace perder enteramente el mérito de ellas, pues el mismo Señor dice que *aque-*

llos que hacen bien para que los alaben, que ya recibieron su premio.

La pureza de intención, a(mad)s m(ías), es lo primero que debemos procurar en todas nuestras acciones. Dios es nuestro fin, y a él debemos ordenarnos a nosotros mismos y todas nuestras obras. El que en sus acciones se propone otro fin distinto, desagrada a Dios; ese fin y no Dios será su recompensa. Por lo tanto, h(ermana)s m(ía)s, seguid el consejo del apóstol San Pablo, que nos está diciendo: *Ora comáis, ora bebáis, ora hagáis cualquier otra cosa: hacedlo todo para gloria de Dios.*

Este consejo celestial lo debemos tener siempre delante de nuestros ojos; en él, cual en limpio espejo, nos debiéramos estar siempre mirando para ver si son puras nuestras intenciones. Si a él no nos ajustásemos siempre, ¡cuán infelices seríamos! Nuestras obras serían un acto continuo del divino amor, nuestra vida sería la caridad, y nuestra muerte sería un impulso de este fuego sagrado, que tendía a unirse para siempre con el bien infinito.

Obremos, únicamente, por Dios, ofrezcámosle sin cesar todo cuanto hacemos; y para que no nos asalte la vanidad, procuremos en cuanto nos sea posible que nadie sepa nuestras obras sino Dios y nosotros. Esta es la primera condición que han de tener nuestras obras para ser perfectas: el estar bien ordenadas a su verdadero fin, el estar hechas únicamente por Dios. Otra condición que deben tener, es que estén bien hechas en sí mismas.

3. Debemos, pues, ser cuidadosos de que quede bien hecho lo que se nos manda; el que obra con negligencia, bien se conoce que no obra por Dios. Debemos ser exactos y puntuales en cumplir nuestros deberes, debemos cumplirlos cuanto antes y lo mejor que podamos; apenas oíga-mos, pues, sonar la campana, apenas digan algo nuestros superiores, pensemos seriamente que lo que oímos es la

voz del Señor, y esforcémonos por servirle y agradarle lo más que podamos.

Y si con tal amor y tal pureza de intención debemos hacer todas nuestras obras, aun las más insignificantes, ¿qué tal debemos hacer las que directamente se ordenan al servicio divino? ¿Con qué devoción y con qué afecto debemos cantar alabanzas al Señor? ¿Cuán abstraídos de todo lo terreno y cuán abrasados en el amor divino deberemos tener en el coro nuestros corazones, al ver que hacemos en la tierra el oficio de los ángeles?

Esta es, a(mada)s m(ía)s, la verdadera manera de santificarnos: el hacer santamente todas nuestras obras, el hacerlo todo únicamente por Dios. Si lo hiciésemos de esta manera, ¿cuántos bienes ganaríamos? Cada vez que moviésemos la mano o el pie, cada vez que desplegásemos nuestros labios, cada vez que respirásemos, no haríamos más que desahogar el amor que llenaba nuestros corazones, y en todos nuestros momentos estaríamos ganando para la gloria méritos infinitos.

¿Y por qué no hacemos de este modo? ¿Por qué perdemos tan inútilmente todos nuestros trabajos? ¿Queréis acaso decirme que hacerlo todo por Dios será muy penoso? Pues estáis muy equivocadas; mil veces más ligeros serían nuestros trabajos, si los hiciéramos con el único fin de agradar al Señor. ¿No sabéis que el amor verdadero ignora sacrificios? ¿No sabéis que al que ama no hay cosa más dulce que agradar al amado? ¿Pues qué cosa habrá más grata para nosotros, que estar en todos nuestros momentos agradando al Señor?

4. Mas para que toméis mayor ánimo de hacer perfectísimamente todas vuestras obras, considerad atentamente con el gran San Bernardo, qué fin os propusisteis al haceros religiosas: *Bernardo, ¿a qué has venido?* Esta es la pregunta que nos debemos estar haciendo siempre: ¿A qué fin hemos renunciado al mundo?, ¿a qué fin nos hicimos reli-

giosos, sino para santificarnos, sino para pensar únicamente en agradar al Señor? ¿Pues cómo echamos en olvido aquellos santos propósitos? ¿Cómo olvidamos las santas resoluciones que hacíamos al principio? ¿Por qué nos hemos apartado de aquellos tan celestiales y tan hermosos caminos, en que a pasos agigantados corríamos en algún tiempo?

A nosotros mismos se nos vio en otros felices días, no correr sino volar por los aires a las altas mansiones de la santidad. Nada terreno se veía en nosotros, todo parecía alas de amor, con que continuamente volábamos al bien infinito. ¿Pues cómo dejamos perderse las altas y dichosas esperanzas que en aquel tiempo se tuvieron de nosotros? ¿Por qué desmayamos de los altos y generosos pensamientos que teníamos al ser novicios?

Meditemos, pues, h(ermana)s m(ía)s, meditemos atentamente a qué fin nos hemos consagrado al Señor con tan ardientes deseos; meditemos los altos y generosos sentimientos que entonces teníamos; y alentemos a tomar otra vez aquellas santas resoluciones y caminar por aquellos altos y celestiales caminos, que entonces emprendíamos. No olvidemos nunca las santas resoluciones del año de noviciado y aquellas luces celestiales con que el Señor se dignó ilustrarnos entonces para que fuesen la guía de todos nuestros pasos.

5. No puedo menos de aprovechar esta ocasión para decir a las novicias que aprovechen ese precioso tiempo de que gozan ahora; el tiempo del noviciado es el tiempo de las visitas del Señor y de los consuelos; ahora os está ilustrando con sus luces y gracias para que podáis trazar los altos y sagrados caminos por donde habéis de andar toda vuestra vida; ahora, cual madre cariñosa, os está alimentando a sus divinos pechos hasta que podáis ya alimentaros solas. Aprovechad, pues, ese precioso tiempo en que de parte de Dios y de parte de los hombres os está convidando a que con la mayor facilidad os hagáis santas. Y sabed,

a(mada)s m(ías), que si ahora no dáis grandes muestras de fervor y de aprovechamiento, ninguna esperanza podremos tener de que habréis de aprovechar algo en toda vuestra vida.

Pero, hermanas, ¿cuál es la causa de que, habiendo empezado con tanto fervor, hayamos ido poco a poco desmayando?, ¿cuál sino haber dado entrada en nuestro corazón a algún afecto terreno? Hicimos generosos el sacrificio de los bienes del mundo con el voto de pobreza; el de nuestro mismo cuerpo con el de castidad; y el de todo nuestro ser con el de obediencia. Y después de un sacrificio tan heroico, después de una renuncia tan completa de todo lo que no es Dios, ¿podremos sufrir que un corazón tan noble y tan sagrado como el nuestro se pegue a ningún objeto vil de este mundo miserable? Qué confusión para aquellos religiosos que, después de haber renunciado tan heroicamente a todos los bienes del mundo, llegan a enamorarse de cualquier vagatela, y se inquietan por conseguir cualquier objeto tan de ninguna monta, que lo miran con desprecio hasta los mismos mundanos. ¡Infelices y ciegos religiosos!, que en algún tiempo supisteis vencer a todo el mundo y ahora os dejáis vencer con la mayor y más vergonzosa cobardía, ¡os dejáis vencer quizá de una vil estampa!

Echemos, pues, de nosotros estos afectos, al parecer insignificantes, a las cosas terrenas, porque ellos son los que más nos perjudican. Por lo mismo que no son grandes, no los advertimos, se apoderan de nosotros y nos dejan vencidos. Nosotros, pues, que no nos dejamos vencer de las cosas más grandes y más lisonjeras con que el mundo nos está ilusionando, ¿cómo nos dejamos vencer de las tan insignificantes, que los mismos mundanos las desprecian y que a nosotros son tan perniciosas?

Despojémonos, pues, a(mada)s m(ía)s, de todo lo que sea carne y mundo; despojémonos también de nosotros mismos, y nada ocupe nuestros corazones sino el deseo de agradar a Dios en todas nuestras obras. Hagámoslo todo a

honra y gloria suya y enteramente abrasados en su divino amor.

Hagamos con gran prontitud y diligencia cuanto nos mandan nuestras leyes y superiores, considerando que es la voz con que nos habla el mismo Jesucristo.

Practiquemos con gran solícitud las virtudes propias de nuestro estado, porque ellas son las que nos han de santificar; y ejercitémonos también interiormente en todas, para poder practicarlas perfectamente cuando haya ocasión.

De este modo poseeremos con perfección todas las virtudes y seremos santos; de este modo se hallarán en nosotros aquellos días tan llenos de que habla la Escritura, porque en todos nuestros días estaremos adquiriendo para la gloria infinitos tesoros; de este modo llegaremos en muy poco tiempo a la perfección encumbrada; de este modo viviremos una vida divina, estaremos enteramente unidos con Dios, para no separarnos de él por una eternidad.—
AMÉN.

8.^a PLATICA

Imitación de los Santos de la Orden

"Atendite ad Abraham, patrem vestrum; et ad Saram, quae peperit vos" (Is. 51, 2).

Atended a Abraham, vuestro Padre; y a Sara, que os ha dado a luz.

Durante estos siete días os dije brevemente cuanto necesitáis hacer para renovar vuestro espíritu, para tomar alas de fervor y cual águilas volar a lo alto de la santidad. Hoy os dirijo la palabra por última vez, y nada tengo que añadir de nuevo a cuanto os dije en los días pasados. Lo único que ahora deseo, lo único que en este último día quiero deciros, es que no os apartéis jamás del camino de virtudes que os he mostrado y que vosotras habéis emprendido con tanto fervor.

Poco importa haber emprendido el camino del bien si después se deja; esto solo serviría para que el juicio fuese más riguroso. Lo que importa, a(mada)s m(ía)s, es no desmayar; lo que importa es pelear esforzados hasta ceñir alegres la corona de gloria. *Y no será coronado, sino el que legítimamente pelear;* sólo el que combate esforzado hasta el fin de la pelea, sólo el que consigue de sus enemigos una completa victoria, puede hacerse digno de ser coronado.

Velemos, pues, como se nos aconseja en el Apocalipsis, *no sea que otro reciba nuestra corona.* No es el buen principio, sino el buen término el que nos decide una suerte feliz. Este buen término es lo que os deseo, h(ermana)s

m(ía)s. Y no quiero hoy exhortaros a otra cosa, sino a que toméis grandes ánimos para conseguirlo.

¿Y qué medio más a propósito para que os animéis a continuar caminando por las sendas de la perfección, que poner ante vuestros ojos los sublimes ejemplos de nuestro Padre y de tanta multitud de santos como en todo tiempo ha habido en nuestra sagrada Orden? Este va a ser, pues, el objeto de mi última plática. Quiera Dios que las últimas palabras que os dirijo os sean provechosas y queden para siempre grabadas en el fondo de vuestros corazones.

El profeta Isaías, queriendo alentar a los israelitas a que no se apartasen jamás de los caminos de la virtud, les hablaba de este modo: *Atended a Abraham, vuestro Padre; y a Sara, de quien habéis nacido.* Y al querer yo ahora inspiraros los más ardientes deseos de que viváis como santas, no hallo medio más a propósito que aplicaros a vosotras estas palabras mismas: *atended a Sto. Domingo, nuestro Padre y a su Orden tan sagrada, de la que habéis nacido.*

Al ver quién es nuestro padre y quién es nuestra madre, al ver cuán santos fueron ellos y cuánto agradaron a los ojos divinos, ¿cómo podremos menos de confundirnos nosotros viendo nuestra miseria? ¿Cómo podremos menos de trabajar sin sosiego por ser dignos hijos de padres tan santos? ¿Cómo podremos menos de alentarnos a pasar nuestra vida de tal modo, que no seamos la deshonra de tal padre y tal madre?

Al ver las grandes virtudes de Sto. Domingo: aquel celo que le consumía procurando sin cesar la gloria de Dios y la conversión del mundo; aquel fuego de caridad que lo tenía abrasado y del todo absorto en alabar y bendecir al Señor; aquella pobreza que le hacía andar del todo desprendido de los bienes del mundo y enteramente confiado en el auxilio divino; aquella humildad tan profunda que, en medio de los dones que recibía del cielo, le hacía juzgarse por el hombre más vil; aquella tan celestial pureza, con que se había hecho un verdadero ángel; al ver, en fin,

tan prodigiosas virtudes que llenaron de admiración a todo el mundo, ¿cómo podremos menos de animarnos a imitarlas, a ser dignos hijos de un padre tan santo?

Y al ver lo que es la Orden, nuestra madre, al ver que es la «Orden de la Verdad», la Orden que ha combatido contra todos los errores del infierno, la Orden que ha esparcido la virtud por todo el mundo, llenándole de asombro con los ejemplos de santidad que continuamente le ha estado mostrando; al ver cuál es nuestra madre, al ver la piedra de que hemos sido cortados, ¿no sentiremos levantarse del fondo de nuestros corazones los nobles y sublimes sentimientos que necesariamente nos ha de inspirar la nobleza de nuestro linaje?

He aquí, h(ermana)s m(ía)s, por qué quiero exhortaros a que consideréis atentamente las virtudes maravillosas de Sto. Domingo y las de tanta multitud de santos y santas como hubo en nuestra Orden.

1. Siempre ha sido grandemente provechosa la lectura de la vida de las personas extraordinarias por su santidad, porque en ellas vemos experimentalmente la gran altura a la que pueden subir los hombres, y que nosotros también podemos subir a ella, siempre que hagamos lo que ellos hicieron. En sus vidas nos están los santos animando a que los imitemos, y con su ejemplo nos dicen a grandes y muy imponentes voces: ¿No éramos del mismo barro que vosotros, no sufrimos las mismas pasiones? ¿No nos vimos en las mismas tentaciones y peligros, y en mucho más grandes? ¿Pues, cómo decís que no podéis subir a donde nosotros subimos? Desconfiad de vosotros mismos, como hicimos nosotros, y confiad sólo en el Señor, y llegaréis sin duda a donde llegamos. El trabajo fue muy breve y se acabó en un momento, y la gloria que poseemos tiene por duración a toda una eternidad.

Así nos hablan en sus vidas los santos, y su voz resuena en lo más íntimo de nuestros corazones, y no podemos

menos al oírlos de sentirnos fuertemente conmovidos a romper las cadenas que nos ligan a la tierra, y a volar esforzados a las altas mansiones donde ellos vivieron. Y si tan saludable ejemplo produce en nosotros la vida de todos los santos, habiendo ido muchos por caminos muy diferentes de los que el Señor nos señaló a nosotros, ¿qué efecto producirá la de los de nuestra Orden, que han marchado siempre por los mismos caminos por donde nosotros ahora marchamos?

Estas santas vidas nos exhortan, nos acusan y dejan sin disculpa ninguna nuestra flojedad. Pudiéramos decir al oírlos de los otros: el Señor los ha llevado por caminos muy altos y muy diferentes de los míos; no tengo, pues, por qué imitarles en esta o en la otra virtud, pues no es la voluntad del Señor que yo viva de ese modo. Mas al leer las vidas de los santos de nuestra Orden, no podemos dar disculpas tan especiosas. Hicieron la misma vida que el Señor quiere que hagamos nosotros; ella es el modelo que debemos estar siempre imitando, sin apartarnos un punto; ella es el espejo claro y hermoso en que nos debemos estar siempre mirando. Y al ver aquella vida enteramente celestial, al ver aquellas virtudes tan heroicas y divinas, ¿cómo no nos confundiremos de llamarnos sus hermanos? ¿Cómo podremos menos de alentarnos a vivir como ellos? ¿Cómo podremos menos de llenarnos de ánimo y valor para no apartarnos un punto de sus altos caminos para vivir una vida del todo celestial? Lo que ellos hicieron, lo podemos hacer nosotros, porque es la voluntad del Señor que lo hagamos, porque el Señor nos ayuda como los ayudó a ellos.

Consideremos, pues, a todos los santos y santas nuestros hermanos: ¡qué vida tan penitente!, ¡qué desprecio del mundo!, ¡qué humildad tan profunda!, y sobre todo, ¡qué trato tan íntimo con Dios!, ¡qué caridad tan abrasadora y qué celo tan ardiente por convertir las almas!

Y en vista de tal modelo cual se nos presenta, y en vista de la gran altura a que podemos subir, si no nos hacemos

ingratos a la vocación divina, ¿cómo no tomamos alas de ánimo y fervor para volar cual águilas y nunca desfallecer?

Hemos nacido para un fin muy alto; para cosas muy grandes hemos venido al mundo. Hemos nacido y hemos venido al mundo para el mismo fin que nuestros hermanos santos; ellos lo consiguieron, consigámoslo también nosotros; ellos vivieron como enviados de Dios, como reconciliadores del mundo con el cielo; vivamos, pues, también nosotros como hombres celestiales, como amigos y hermanos de Jesucristo y verdaderos hijos de Dios; vivamos como ángeles de paz, en quienes los hombres pongan las esperanzas de su reconciliación con el Todopoderoso. Adornemos nuestras almas con todas las virtudes, y sobre todo avivemos en nuestros corazones las abrasadoras llamas del amor de Dios y de nuestros prójimos, en que tanto ardieron nuestros santos hermanos. Y si tenemos a gloria pertenecer a tan sagrada hermandad, y si queremos que nuestra parentela no nos sirva de deshonor y para cubrirnos de eterna confusión, consideremos atentamente sus principales virtudes, y no descansemos hasta que nos veamos adornados de ellas.

2. Pues si queréis, a(mada)s m(ía)s, considerar cuáles son las principales virtudes de los santos de nuestra Orden, hallaréis, en primer lugar, una tierna devoción a la Virgen Santísima. Ya sabéis que estando nuestro Padre orando en Roma, fue arrebatado en espíritu al cielo y vio religiosos de todas las Ordenes, mas no pudo ver a ninguno de la suya. Empezó en seguida a llorar amargamente, pero el Señor, llamándole, le dice: *¿Quieres ver a los religiosos de tu Orden?*; y el santo respondió: *Sí, Señor; sí los quiero ver*. Entonces el Señor pone su mano sobre la Virgen, su madre, y vuelve a decir al Santo: *Pues a ésta le encargué el cuidado de ellos. ¿Quieres, pues, ver a tu Orden absolutamente?* Y habiendo respondido Sto. Domingo que sí, abrió la Virgen su manto, que cubría todo el cielo, y aparecen

debajo de él una multitud innumerable de religiosos dominicos. ¡Ya véis el amor que la Virgen tiene a nuestra Orden! Seamos, pues, devotísimos de ella, como lo fueron nuestro Padre y nuestros santos hermanos que, no contentos con amarla con el amor filial más tierno y con estar cantando siempre sus alabanzas con la mayor devoción, instituyen el Rosario, práctica la más agradable a la Virgen Santísima, y lo predicán por todo el mundo, exhortando sin cesar a todos los hombres a que honren a la gran Madre de nuestro Redentor.

Después de la Virgen Santísima, debemos honrar muy principalmente a nuestro santo Padre. Así lo hicieron desde el día en que subió a la gloria todos nuestros hermanos y así debemos hacer también nosotros, si no queremos ser ingratos a tan gran beneficio como nos ha hecho recibiéndonos en su Orden y como nos está continuamente haciendo siendo nuestro amparo delante del Señor.

3. Hallaremos, en segundo lugar, en nuestros santos un gran amor a la observancia de nuestras leyes y de los preceptos de nuestros superiores, porque veían claramente que éste era el único medio que tenían para santificarse, sin el cual les era del todo imposible agradar al Señor. Esto debemos hacer también nosotros, y estemos bien persuadidos de que si somos observantes, seremos santos; al paso que si no lo somos, aunque hagamos la vida más austera, todo será perdido.

Otra de las virtudes de nuestros hermanos, con que más han llenado de admiración a todo el mundo y en que más los debemos imitar nosotros, es aquella gran caridad que los consumía y que, abrasándolos en el celo de la gloria de Dios y del bien de los prójimos, los hacía trabajar sin descanso predicando por todo el mundo a los mortales que honrasen al Señor y que saliesen de aquellas tinieblas de muerte en que yacían sepultados. Imitadles, pues, en esta celestial virtud. Amad a Dios siempre, y amadle con toda

vuestra alma; y abrasadas en su amor y en los deseos de gloria, procurad con todas vuestras fuerzas que los infelices hombres dejen de ofenderle y de labrar con esto su eterna desventura.

Falsamente, h(ermana)s m(ía)s, os llamaréis religiosas del Orden de Predicadores, si no trabajáis de un modo muy especial por que los hombres sirvan a su Dios y Señor. Y no creáis que porque sois mujeres estáis enteramente exentas de esta obligación tan noble y tan distintiva de nuestra Orden sagrada. ¿A cuántas almas podréis fácilmente convertir con vuestras oraciones y sobre todo con el santo Rosario, poderoso para alcanzar del Señor aunque sea la conversión de todo el mundo?

Y no sólo con la oración, sino también con una vida ejemplar, podéis hacer infinitas conversiones. No hay predicación más elocuente que la de la virtud, por oculta que esté; siempre esparce en torno de sí tan suave fragancia, que cautiva y atrae irremisiblemente a cuantos tienen la dicha de sentir su presencia.

4. He aquí, pues, las principales virtudes en que han resplandecido los dominicos siempre, y en las que hemos de pensar imitarlos con toda diligencia, si queremos ser dignos hermanos suyos. Mas para que queden indeleblemente grabadas en vuestros corazones, las quiero poner con las mismas palabras de Sto. Domingo, tomadas de la carta que escribió a las monjas de Madrid, donde las decía, entre otras muchas cosas: «Nos regocijamos mucho y damos gracias a Dios por vuestro progreso espiritual y porque os ha sacado del bullicio de este mundo. Combatid, hijas mías, contra vuestro antiguo enemigo con oraciones y ayunos, porque será coronado solo aquel que haya combatido legítimamente. Quiero que en adelante guardéis el silencio en todos los lugares señalados por las *Constituciones* de la Orden...; y que en todas las otras partes viváis según vuestra *Regla*... No evitéis las disciplinas ni las vigiliass; sed obedientes a

vuestra priora; no perdáis el tiempo en vanas conversaciones».

Estas palabras que el santo dirigió a sus hijas amadas, las debéis tomar por dichas a vosotras; y si tenéis corazón de verdaderas hijas, no podréis menos de guardarlas en el fondo de vuestras almas, como una rica prenda del amor que nuestro Padre os tenía, como un dulce y precioso recuerdo de los muchos trabajos que se tomó el santo para enseñaros los caminos de la perfección.

Y si estas palabras de nuestro santo Patriarca no pueden menos de alentar a todas sus hijas a vivir santamente, otras hay que tanto a las hijas como a los hijos no pueden menos de herirnos en el fondo de nuestros corazones y de causar en nosotros una impresión tan fuerte y tan tierna que por necesidad han de arrancarnos las lágrimas y de quedar enteramente fijas en nuestra memoria. Con ellas, pues, quiero concluir estos *Ejercicios*, porque ellas son también con las que el santo concluyó su vida. Cuando estaba, pues, próximo a exhalar su último suspiro, dijo a todos los religiosos que llorando le rodeaban: «Esta es, hijos míos, la herencia que os dejo: tened la caridad, guardad la humildad, poseed la pobreza voluntaria».

5. He concluido, pues, h(ermana)s m(ía)s. Os mostré, como el Señor fue servido inspirarnos, los caminos de la perfección. Nada quise fingir. No hice más que mostraros lo que enseñan las Escrituras y los Santos Padres. Puedo deciros, pues, con gran satisfacción estas palabras de las mismas Escrituras: *Este es el camino; andad por él, y no os apartéis ni a derecha ni a izquierda.*

Si queremos ser buenos religiosos, lo primero que debemos tener presente es el fin de nuestro estado; y este fin no es otro que ser perfectas imágenes de Jesucristo y modelos acabados de todas las virtudes. Para imitar a Jesús y poder seguirle, lo primero que debemos hacer es abnegarnos por completo y tomar nuestra cruz. Hecho esto, ya estamos

en su compañía, ya podemos oírle. ¿Qué es lo que nos enseña? Que aprendamos de él, que es manso y humilde; y que el que obedece a los superiores, le obedece a él.

He aquí, pues, a(mada)s m(ía)s, lo que debemos hacer para ser verdaderos discípulos de Jesús: ser humildes y obedientes. Sin estas virtudes no seremos nunca discípulos suyos, y con ellas no podremos dejar de ser excelentes religiosos. Al que tenga estas virtudes no le falta sino una sola cosa para llegar a lo más alto de la perfección, y ésta es andar siempre en la presencia divina. Andad siempre en la presencia de Dios y seréis perfectas, os dije muchas veces y no puedo menos de repetíroslo ahora; y no puedo menos de volver a deciros que este es el único consejo que os doy y el único recuerdo que quiero que llevéis de estos *Ejercicios*; porque si andáis en la presencia de Dios, ésto sólo os basta para conseguir todas las virtudes y llegar a la más encumbrada perfección, y para ser felices en esta misma vida. Al paso que si no andáis, seréis siempre desgraciadas y malas religiosas.

Os he dicho también que la perfección consiste en practicar todas las virtudes, en cumplir vuestras obligaciones y cumplirlas bien; y sobre todo en el amor para con Dios y para con el prójimo.

Ya véis, pues, qué cosa es imitar a Jesús; ya véis en qué consiste toda la perfección y toda la santidad. Ya véis, h(ermana)s m(ía)s, lo que debéis hacer para ser verdaderas esposas de Jesucristo. Sólo os resta, pues, el que lo hagáis, sólo resta que perseveréis en los santos propósitos que ahora habéis tomado.

¿Y qué cosa podrá animaros tanto a perseverar como la consideración de las virtudes de nuestro Padre y de tanta multitud de santos como ha habido en nuestra Orden? Consideradlos, pues; y al ver que ellos fueron ángeles en carne humana y reconciliadores del mundo con el cielo, procuremos serlo nosotros también. Nosotros con el ministerio y vosotras con la oración, trabajemos a una por que los hom-

bres dejen sus perversos caminos, y sirvan fielmente a Dios nuestro Señor; de este modo seremos verdaderos religiosos del Orden de Predicadores, seremos perfectas imágenes del mismo Jesucristo. De este modo ganaremos la gloria debida a los más grandes santos, ganaremos la gloria debida a los apóstoles y gozaremos de una eterna felicidad en las mansiones celestiales.—AMÉN.

PLATICA DE TOMA DE HABITO

"Veni de Libano, sponsa mea. Veni de Libano, veni: coronaveris... de cubilibus leonum, de montibus pardorum" (Cant. 4, 8).

Ven del Líbano, esposa mía; ven del Líbano, ven: serás coronada... de las cuevas de leones y montes de leopardos.

Venerable Comunidad y amados hermanos en Jesucristo:

1. En las vidas de los hombres hay sucesos que pasan desapercibidos al mundo, cuando los cielos mismos admiran su importancia; tal es el que en este templo nos congrega esta tarde. Vemos a una joven que, con silencio y modestia, se pone en la presencia de su Dios pidiendo ser consagrada para siempre en su amor y servicio. Un solo deseo anima sus acciones, y este deseo es veheméntísimo y noble sobremanera, porque es hijo del amor fuerte, del amor hermoso. Fuerte es este deseo más que la misma muerte, porque vence a la muerte que señorea al mundo y conquista los reinos de la gloria; hermoso es más que la aurora del día, porque él es la bella, la alegre aurora de aquel día clarísimo y eterno de la bienaventuranza. Y este deseo tan hermoso y divino es el de inmolarse a Dios en holocausto perpetuo, es el de consumirse en las abrasadoras, pero dulces, llamas de la caridad.

El mundo mira esto como de poca importancia; júzganlo muchos como laudable, mas no se paran a meditar su trascendencia. Y otros muchos de aquellos que erraron el camino de la verdad, juzgan este hecho como una locura...

¿Por qué, dicen con blasfemias, por qué esta joven deja tanta esperanza con que el mundo risueño la estaba convidando? ¿Tan larga le parece que es la vida del hombre para querer sepultarse antes de morir? ¡Qué espectáculo tan triste ver a una joven en la flor de sus años estar siempre escondida y llorosa, cuando las de su edad se esfuerzan por gozar de cuanto puede haber en el mundo! Así hablan ahora estos infelices; pero vendrá un día en que serán conocidos, un día en que, como anuncia el Espíritu Santo, dirán al ver a los justos: *“He aquí cómo han sido computados entre los hijos de Dios y su suerte es entre los santos”*.

Al ver esta confesión de sus enemigos, ¿cómo podré yo alabar, oh hermana, tu anhelo? Tan sublimes son tus pretensiones, que yo no tengo inteligencia para concebirlas ni mucho menos lengua para publicarlas; admiración solamente es lo que se halla en mí. Mas en los divinos transportes de la admiración, cuando mi lengua carece de palabras, aparecen en mi mente unas palabras divinas, las que solas pueden alabar tus divinos deseos. Estas son las que la sabiduría eterna dice en el hermoso libro del Cántico de los Cánticos: *“Ven del Líbano, esposa mía; ven del Líbano, ven: serás coronada... de las cuevas de leones y montes de leopardos”*.

Estas son las palabras que ahora te dirige tu Esposo Divino, y ellas son las únicas capaces de expresar la obra sublime que estás verificando... Yo las admiro y, admirándolas, no puedo menos de sentir muda mi lengua para querer añadirles lo más mínimo. Me contentaré, pues, con explicarlas para que se vea la gran dicha que te cabe al ser llamada a militar bajo la bandera del gran Santo Domingo. Por ellas verás de dónde te llama Dios, a dónde te lleva y qué es lo que va a hacer de ti.

2. Te llama del Líbano, de las cuevas de leones y montes de leopardos. He aquí, hermana mía, de dónde sales hoy. Sales del mundo, de ese mundo pervertido cuyo Dios

es su vientre, como dice San Pablo, y cuyo fin su eterna perdición; de ese mundo que ha apartado sus ojos de los caminos del bien y yace sepultado en tinieblas de muerte. Quien haya podido comprender los males que hay en el mundo, ese podrá de algún modo explicar la dichosa muerte de las almas que viven en la soledad.

¿Qué cosa es el mundo? ¿Quién es su príncipe y cuáles son sus vasallos? Aterrado me veo, hermana mía, al tener que responder a estas preguntas. El príncipe del mundo es el demonio; y con tal príncipe, ¿qué orden podrá existir?; ¿qué ha de haber en él sino el cúmulo de todos los males que pueden imaginarse?

¿Y quiénes son los vasallos sino la innumerable masa de hombres perversos que marchan por las sendas de la perdición? ¿Y qué hacen estos hombres infernales sino imitar a su príncipe? ¿Qué hacen sino obstinarse en el mal y poner asechanzas de continuo a la virtud? ¿No véis cómo jamás se acuerdan de pensar en Dios? ¿No véis cómo no piensan sino en los placeres y en la vanidad? ¡Cuánta blasfemia profieren! ¡Cuánta corrupción mana sin cesar de sus inmundas lenguas! Vedlos cómo se deleitan en hacer el mal, vedlos complacerse sólo en la maldad. Y al ver tanta perfidia, ¿quién hay que no se aterre de vivir en el mundo?, ¿quién habrá que no cubra sus ojos por no ver tanto mal?

Mas no es este sólo el motivo que nos hace el mundo del todo aborrecible; otro hay mucho mayor aún que no puede menos de llenar de pavor a cuantos hombres rectos tienen la desgracia de vivir en él. Este es el deseo infernal que tienen los malvados de arrastrar con ellos a todos los hombres por el torrente de la perdición. Hijos y fieles súbditos del pérfilo Lucifer, respiran sólo maldad. No se contentan con ser ellos malos; quieren y se esfuerzan de continuo por que todos los hombres lo sean también. A este fin se ordenan las terribles maquinaciones de sus pensa-

mientos, a este fin se ordenan sus horribos escándalos y la lucha manifiesta, encarnizada, que declaran a la virtud.

De entre estas cuevas de leones saliste, hermana mía; de entre estos leopardos que estaban ya preparados para echarte sus terribles garras, y abrían para tragarte su boca infernal. Cuán dulcemente puedes cantar con el Real Profeta: *"Nuestra alma, cual una avecilla, ha sido arrebatada del lazo de los cazadores. El lazo ha sido roto y nosotros hemos quedado libres"*.

3. ¿Y a dónde te llama, oh hermana, tu Divino Esposo? ¿A dónde te lleva y qué es lo que va a hacer de ti? Oyelo de sus dulces labios, oye su voz alegre, su voz consoladora: *"Ven, esposa mía; ven: serás coronada"*. Ya has oído, pues, la voz del Esposo; y ¿no sientes desfallecerse tu alma de amor y dulzura? Vas a ser, no sierva, sino esposa del Rey de los Cielos, vas a ser reina coronada de gracias y de gloria.

Entra, entra en el dulce retiro que, aunque el mundo le llame sepultura, los que en él vivimos le llamamos cielo. Entra en la soledad a que el Señor te lleva, porque él nos tiene dicho: *"Llevaré a mi esposa a la soledad y allí la he de hablar a su corazón"*. Entra, pues, y sonará en tu alma la voz dulce y alegre de tu Dios amado; entra, que la celda es la puerta del cielo; en ella no estarás más que un momento sólo, porque un momento es la vida, y al punto serás llevada a la gloria eterna donde te espera con los brazos abiertos el Rey soberano, el Esposo a quien tu amas.

Dichosa, hermana mía, si perseveras en tanta felicidad. Los mundanos, y aun las mismas piadosas personas que viven en el mundo, ignoran cuán grande dicha es vivir en el claustro. Mas los que hemos recibido de Dios tan admirable gracia, la juzgamos como prenda segura de la salvación; y vemos que es tan grande, que no nos es posible comprender su grandeza; y, absortos en la admiración de dádiva

tan preciosa, no podemos menos de maravillarnos al ver que el mundo no se encuentra desierto.

4. Cada vez que considero la excelencia del estado religioso, en especial de la sagrada Orden cuyo hábito vas ahora a vestir, un torrente de ideas inunda mi mente y todas quieren salir al mismo tiempo. No sé por dónde empiece a decir sus alabanzas, porque un estado tan excelente, cuanto es fácil de admirar, tanto es difícil de poder exaltar.

El estado religioso es el camino recto de la perfección, es la divina escuela de la caridad. Nuestro oficio es cumplir este hermoso mandato de Jesús: "*Sed perfectos, como perfecto es, vuestro Padre celestial*". Imitar a Dios, copiar en nosotros las perfecciones divinas, deificar nuestra naturaleza transformando nuestro ser en divina caridad: este es el ejercicio de los religiosos. Excelente y sublime, celestial y divino es por cierto este admirable estado en que el hombre vive, no cual hombre sino como si fuera un dios.

La profesión es el desposorio de nuestras almas con el Cordero Divino, y nada debe ocupar nuestros corazones sino el amor de este Divino Esposo. Dignidad increíble la del alma que no sólo puede ser sierva y amiga, sino esposa amada del Hijo de Dios. ¡Cuánto ánimo debemos tomar de aquí para abrasarnos en el amor divino! La esposa es y debe ser siempre de la misma naturaleza que el esposo; siendo, pues, nuestras almas esposas del Divino Verbo, deben tener la naturaleza divina, deben estar deificadas con el divino amor. A tal sublimidad se eleva nuestro estado y en tan divinas excelencias se pierde la vista; un mar de admiración inunda el alma y arrobadas las potencias enmudece la lengua. No puedo yo subir a tan encumbrada altura, porque en mí no hallo palabras con que pueda alabarle. Me contentaré con exponer otras grandezas muy inferiores, que por lo mismo están más a nuestra vista.

5. En la vida religiosa se camina hacia el cielo sin encontrar peligro alguno; y, lejos de hallar obstáculos, no se encuentran sino auxilios para caminar. Entre sus hermanos no halla ejemplos sino sublimes, consejos celestiales que llenan de ánimo y fuerza para subir a lo más encumbrado de la perfección. El suave aroma de la caridad que entre todos se halla esparcido, en tal manera endulza sus acciones, que esta vida parece ya la gloria y los claustros parecen un cielo. Alegre está en la calma, porque es alegre llegar al puerto con una mar serena; y mucho más alegre está en la adversidad, porque en ella es donde el alma se enriquece de méritos, porque ella es el medio más seguro para asemejarnos con Jesús, porque en ella es donde el hombre más se perfecciona.

Dulce es al labrador el tiempo apacible; pero más dulce le es la lluvia oportuna que multiplica de un modo prodigioso sus deseadas cosechas. Dulce es al alma religiosa amar al Señor cuando recibe de él infinitas ternuras; pero más grato es amarle en el tiempo de la tribulación, porque se enriquece entonces con méritos infinitos que llenan su alma de delicias por toda una eternidad.

En los que aman a Dios, dice San Pablo que todas las cosas cooperan a su bien; y esto se verifica de un modo perfectísimo en los religiosos. Su oficio es arder en el amor divino, y este sagrado fuego lo santifica todo. El comer, el dormir y todas sus acciones, aun las más insignificantes, son hechas por obediencia, son hechas por amor; y de su pequeñez natural son elevadas por este amor a tan sublime altura, que los mismos cielos no bastan para premiarlas y sólo son premiadas dignamente con la posesión de Dios.

Todo coopera a nuestro bien, no tenemos los impedimentos de practicar la virtud que tienen las almas piadosas que viven en el mundo. No llegan a nosotros las pasiones humanas que traen sin sosiego a todos los hombres; no llegan los escándalos, ni la descarada malicia que arranca de tantas almas la blanca y hermosa vestidura de la ino-

cencia; nada de eso llega a los religiosos. No tenemos ningún peso que nos arrastre a la tierra, todo es ayuda para subir a lo alto, todo es alas de amor con que podemos volar y remontarnos a la divinidad. Hasta los mundanos, que tanto persiguen con burlas y desprecios a las almas piadosas que viven en el mundo, hacen todo lo contrario con los religiosos: si saben que vivimos como verdaderos hijos de Dios, no pueden, a pesar de su malicia, dejar de mostrarnos respeto y consideración. Y sólo cuando ven que no somos tanto como debemos, es cuando únicamente osan despreciarnos; mas ésto, lejos de sernos perjudicial, nos presenta la feliz ocasión de reconocernos. En el estado religioso, en una palabra, se cae difícilmente, se levanta con mucha facilidad, la muerte es tranquila, breve el purgatorio y del todo increíble la gloria con que nos ha de premiar Jesús nuestro bien.

6. Y qué podré decir de las particulares excelencias de nuestra sagrada Orden. Vas a entrar en la gran Orden de Predicadores; vas a ser hermana de San Alberto Magno, de Santo Tomás y de otros mil varones cuya ciencia fue y será para siempre el asombro del mundo y cuya santidad jamás se podrá dignamente admirar. Vas a ser hermana de San Vicente Ferrer, de los santos mártires del Japón y de otros innumerables varones apostólicos que por el espacio de siete siglos que la Orden cuenta de existencia han llevado la luz de la fe a todos los países que yacían en las tinieblas y sombras de muerte, padeciendo en todas partes infinitos trabajos y dispuestos siempre a derramar su sangre por el nombre del Señor. De tan grandes Santos vas a ser hermana, vas a cooperar a sus celestiales empresas y a participar con ellos las mismas coronas. No lo dudes, no; vano sería tu nombre de religiosa de la Orden de Predicadores si no fueras también predicadora, si no ganes la corona debida a los apóstoles.

Contempla sino a Santa Catalina de Siena y a otras innumerables religiosas dominicas que ardían en celo de la gloria de Dios y de la conversión del mundo y que llevaron a la gloria infinitas almas.

No quiero decir que vayas a predicar, ni a ejercer otros oficios que el apóstol San Pablo prohibió a las mujeres. La predicación de las religiosas dominicas es el ejemplo, el no hablar —como hacía nuestro Padre— sino sólo de Dios; y, sobre todo, la oración fervorosa y continua. Esta debe ser la preocupación de la religiosa predicadora: suspirar a Dios desde lo íntimo del alma para que derrame su gracia sobre los pecadores y pedirle continuamente que bendiga la predicación de sus hermanos. ¡Cuántas veces, mientras los dominicos convertían innumerables almas y el mundo les atribuía a ellos la gloria, Dios que juzga a los corazones hallaba el mérito principal en una religiosa que estaba orando en el retiro de su celda! Y ¡cuántas veces te sucederá a ti lo mismo si correspondes a las admirables gracias que te concede el Señor!

7. Ya ves, oh hermana, a cuánta grandeza eres elevada, de cuán sublime dignidad eres revestida. Por el voto de *castidad* al que te preparas, que te hace ángel en carne humana y mereces la corona de las vírgenes; por sacrificar tu voluntad con el voto de *obediencia*, alcanzas la corona de los mártires; y por el voto de *pobreza*, que vas a hacer en la Religión de Santo Domingo, participarás de la gloria de los santos apóstoles. Entrás en la Orden que, como dice Santo Tomás, es la más semejante a Jesucristo; entras a donde se alcanza la perfección más grande, entras a ser un retrato de nuestro Salvador.

Y en tan encumbrada dignidad, ¿habrá persona que no envidie tu gloria? ¿Será posible que alguno profiera la blasfemia de mostrarte compasión creyendo que vas a llevar una vida triste, pereciendo entre mortificaciones? ¡Infeliz el que esto creyere!; ¡cuánta ignorancia muestra de las cosas del cielo! ¡Cuán bien se conoce que no ha oído

aquella sentencia de Jesús que dice: "*Mi yugo es suave y mi carga ligera*"! Esta verdad no la conoce sino quien la practica; éste ve claramente que el yugo del Señor no es servidumbre; es la libertad de los hijos de Dios. Y su carga no es peso, sino alas con que dulcemente se vuela a la gloria.

Si los mundanos supiesen la alegría que se goza en la Religión, dejarían todos los placeres del mundo por vivir en el claustro un sólo día. ¿Qué cosa es el claustro sino la antesala de la gloria? ¿Qué mayor gozo puede haber que esperar con certeza que de un momento a otro, pues un momento es la vida, se nos va abrir la puerta de los cielos y nos vamos a echar en los brazos de nuestro Señor? ¡Qué goces los mundanos, las miserables delicias de este mundo! Pues todos sus placeres los amargaré este terrible pensamiento: ¡puedo morir ahora mismo, y estoy en pecado mortal! ¡Ay, pobre de mí, que estoy sepultado a las puertas del infierno! Y si su maldad es tan extremada que ya no puede ocurrírseles este pensamiento, entonces sí que verdaderamente son desventurados porque su eterna perdición es del todo segura.

Mas tú, oh hermana, ya has salido de este perverso mundo, de estas cuevas de leones y montes de leopardos. Ya estás a la puerta de los cielos para ser dentro de muy poco reina de la gloria. El Rey Soberano será tu dulce esposo y el único objeto de todo tu amor; oye, pues, su voz tierna, su voz consoladora que alegre te dice: "*Ven, esposa mía; ven: serás coronada con corona de gracias*". Recibe, oh hermana, la corona de gracias con que tu Esposo Divino orna tus sienes ahora. Esas gracias son celestiales y te elevan sobre la esfera de las criaturas. Mira, pues, que con ellas eres grande, eres celestial, eres una divinidad sobre la tierra. De grandeza tan sublime no se rebaje tu corazón a pensar en objeto ninguno de este mundo vil. Sólo tu Divino Esposo merece tus cuidados y tu amor.

Grandes e incomprensibles son los beneficios que has recibido, y muy grande debe ser también tu agradecimiento. Líbrate, oh hermana, de ser ingrata a tantos beneficios, porque entonces otra alma llevaría tu corona. No olvides que eres angel de paz, que eres mediadora entre Dios y los hombres. Ora, pues, de continuo por pecadores y justos; y ora de un modo especial por ese padre y esa hermana que, al consagrarte a Dios, consagran la mitad de sus corazones. Ora también, y ora mucho, por ti, para que no te hagas indigna del amor de tu Esposo, para que puedas estar siempre ardiendo en su divino amor. Entonces serás en esta vida coronada con todas las gracias y llegará pronto el día en que ciña tus sienes la corona de reina de la gloria.

INDICE

EJERCICIOS

Presentación	3
1. ^a Plática: Importancia de los Ejercicios	16
2. ^a Plática: Fin del religioso	25
3. ^a Plática: Abnegación	34
4. ^a Plática: Humildad y mansedumbre	42
5. ^a Plática: Obediencia	51
6. ^a Plática: Presencia de Dios	59
7. ^a Plática: Vida perfecta	67
8. ^a Plática: Imitación de los Santos de la Orden ...	76

TOMA DE HÁBITO

Preámbulo histórico	86
Plática de Toma de Hábito	90
Indice	100

